LUIS FERNÁNDEZ DE SEVILLA

Seis meses y un día

Comedia asainetada en tres actos y en prosa.

Estrenada en el Teatro Fígaro, de Madrid, la noche del 23 de diciembre de 1931

1.ª edición

300 ejemplares

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1932



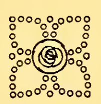
SEIS MESES Y UN DIA

LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

SEIS MESES Y UN DIA

COMEDIA SAINETADA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Fígaro, de Madrid, la noche del 23 de diciembre de 1931



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1932

BOLAÑOS Y AGUILAR • TALLERES GRÁFICOS

ALTAMIRANO, 34 • MADRID • TEL. 42878

REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES
Señá Agustina	Consuelo Esplugas.
Araceli	Mercedes Mireya.
Señá Salud	Carmen Salvador.
Una criadita	N. N.
Señor Custodio	Juan Bonafé.
Señor Tomás	Luis Echaide.
Alfredo	Esteban Serrador-Mari.
Felipe	Manuel Gómez.
Pipo	Félix Fernández.
Martínez	Antonio Massí.
Señor Paco	José Bódalo.
Señor Noé	J. N. Navarro.
Un parroquiano	N. N..

En Madrid y época actual.

SEIS MESES Y UN DIA

ACTO PRIMERO

Interior de una confitería de los barrios bajos madrileños. Al fondo, puerta y escaparate; a la derecha, puerta; a la izquierda, mostrador y anaquelería, y en ésta, hueco de puerta con cortina. Veladorcitos y sillas. Entre el escaparate y la entrada del fondo, una pilita con grifo y dos vasos. Suelo de baldosas blancas y negras. Las doce del día. Verano.

Sr. Custodio y Pipo, desde el centro de la escena, se encaran indignados con Alfredo, que se halla próximo al foro. Araceli, tras el mostrador, trata de calmar los ánimos.

Señor Custodio. ¡He dicho que largo de aquí!

Pipo. Pero que en seguida.

Alfredo. Esto es un establecimiento público, y yo puó entrar aquí a comer dulces.

Señor Custodio. Pero no a piropear a la confitera.

Alfredo. Pue si no fuera por la confitera, ¿quién iba a comer lo que usted vende, so envenenador?

Señor Custodio. *A Pipo.* ¿Pero tú aguantas esto?

Pipo. ¿Yo? Por no llevarle a usted la contraria.

Araceli. ¡Váyase, váyase; se lo pido!

Alfredo. Por usted lo hago, princesa. *A ellos.* ¡Que ustés se sosieguen, so sufragistas! *Vase por el foro.*

Señor Custodio. Pipo, sal y dale en las narices.

PIPO. ¿Y por qué no sale usted?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Si estuviera aquí tu tía!

ARACELI. No ha debido usted ponerse así, padre. El chico sólo me había dicho una flor cuando entraron ustés.

SEÑOR CUSTODIO. Yo cumplo la consigna que me dió tu tía cuando se la llevaron... de veraneo, y na más. Si se entera de que he dejao que te se acerque un galán, después de la tomadura de pelo de aquel sinvergüenza...

ARACELI. ¡Padre!

PIPO. ¿A que la va usted a hacer llorar como ayer? *Saca lápiz y cuartillas y escribe, sentado, a un velador.*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Bien hicimos el canelo toa la familia con el infrasquito!

ARACELI. ¡Que varíe usted el disco, padre!

PIPO. Haga usted el favor, que me se ha ocurrido un capitel nuevo y me se va a olvidar.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Santa palabra! Dejemos que el numen se expansione. *Bajo a Araceli.* Ca día los hace más profundos. ¿Te leyó ayer los tres capiteles que escribió de madrugá?

ARACELI. No, señor.

SEÑOR CUSTODIO. Pues ca uno vale por un libro. Y es que ha nacío pensador y na más.

ARACELI. Sí, padre; pero aunque trabajara no se perdía nada.

SEÑOR CUSTODIO. Creo que va a hacerlo.

ARACELI. Es que hace tres años que lo está pensando.

SEÑOR CUSTODIO. Ya te he dicho que ha nacío pa pensador.

PIPO. ¡Ya está!

SEÑOR CUSTODIO. ¿A ver?

PIPO. *Leyendo* Un velador es un flamenco en cuclillas.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Olé! ¡Eso es un *simili,* como tú le

llamas! ¿Te has enterao, chica? ¡Si se está viendo al flamenco! Fíjate en un velador. ¿No es verdad?

ARACELI. Le sobra una pata.

PIPO. Eso es el bastón.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Clavao! Dame un abrazo, que sales en el talento a tu abuelo, que a los ochenta años inventó un calzador pa las alpargatas.

SEÑOR TOMÁS. *Por el fondo, empujando a Alfredo.* Pasa y... a ver qué pasa.

SEÑOR CUSTODIO. *Bajo a Pipo.* ¡Cuidao, tú, que viene con el papá!

SEÑOR TOMÁS. *A su hijo, autoritario.* Cómete un dulce.

ALFREDO. Que yo no le he dicho a usté eso pa que...

SEÑOR TOMÁS. Cómete un dulce, que ya te purgarás. *Alfredo obedece.*

SEÑOR TOMÁS. Ahora, dila un piropo a la confitera.

ALFREDO. ¡Padre!

SEÑOR TOMÁS. Dila un piropo o te doy un guantazo que rompes con la cabeza el piñonate.

ALFREDO. *Con sosería.* ¡Guapa!

SEÑOR TOMÁS. Eso no es un piropo; eso es un telefonema urgente. Ponlo de madrugá.

SEÑOR CUSTODIO. *Atreviéndose.* Oiga, Señor Tomás; eso, en Sol o en Gran Vía.

PIPO. Y si es usté abonao, desde casa.

SEÑOR TOMÁS. Cuando el chico termine tendré el gusto de enseñarles a ustés educación, pa que se puean esaminar de personas decentes. *A su hijo.* ¡Vamos!

SEÑOR CUSTODIO. *A Pipo.* Oye, quédate aquí un momentito, que tengo que hacer abajo.

PIPO. No, no se vaya usted, que va a empezar la clase.

SEÑOR TOMÁS. *A su hijo.* ¿Pero no se te ocurre na, atontao?

ALFREDO. La verdá, con usté delante...

SEÑOR TOMÁS. Pues ve diciendo: ¡Reina! ¡Bendito sea su padre!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Muchas gracias!

SEÑOR TOMÁS. No me refiero a usté.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Cómo?

SEÑOR TOMÁS. ¡Présteme usté una pestaña de sus ojitos ladrones, pa darle con ella dos palos al atontao de su hermanito!

PIPO. ¡Oiga!

SEÑOR TOMÁS. ¿Qué?

PIPO. Que usté a confundío a mi hermana con una bastonería.

ARACELI. Yo les pido que se marchen.

SEÑOR TOMÁS. Paciencia, joven, que ya falta poco. Cuestión na más de decirle a esta pareja de atontaos que cuando no se quiere que piropeen a la niña se la tiene en el comedor haciendo bolillos o se la mete en las Ursulinas.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Mamarracho!

SEÑOR TOMÁS. *Avanzando hacia ellos en actitud amenazadora.* ¿Cómo?

PIPO. Ha sío a mí. *Muy asustado a Señor Custodio.* ¡Cállese usted, que lo gasta de estoque! *Señor Custodio se esconde detrás de su hijo. Este forcejea por quedar detrás de su padre.*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ponte delante, que eres más joven, so desatento!

PIPO. No, señor, que en el padrón me pone usted detrás.

SEÑOR TOMÁS. *A su hijo.* ¿Los despreciamos?

ALFREDO. Sí, señor.

SEÑOR TOMÁS. ¿Qué se debe?

ARACELI. Un ruso.

SEÑOR TOMÁS. ¿Cuánto?

SEÑOR CUSTODIO. Dos reales. *Aparte.* Que pague la tila.

SEÑOR TOMÁS. ¿Dos reales un ruso? ¡Eh! ¿Pero usté cree que mi hijo se ha comío a Lenín? Ahí van quincito. Y ojo. Que yo no vuelva a tener otra queja como la de hoy, porque sacudo.

SEÑOR CUSTODIO. *A Pipo.* Dile un capitel.

SEÑOR TOMÁS. *Haciendo mutis foro con Alfredo.* ¡Anda, conquistador!

SEÑOR CUSTODIO. Bueno, llevamos una temporadita que es pa enfermar de los nervios.

ARACELI. Lo que pasa es que desde que no está mi tía, to el mundo se atreve con nosotros.

PIPO. Apunte usted esto pa cuando salga.

SEÑOR CUSTODIO. *Sacando del bolsillo una libreta y apuntando.* Aquí está la libreta de agravios. Este último lo voy a escribir to con mayúsculas, pa recordarla que tié que dar las tortas con las dos manos. *Escribe.*

ARACELI. ¡Dios mío! ¿Será verdá que viene mañana?

SEÑOR CUSTODIO. Así me lo aseguró cuando estuve a verla el jueves pasao. Y que al contarla lo que nos estaba vapuleando la gente del barrio se mordió los nudillos de coraje. Al lao nuestro había una mechera, que se echó a reír y la dió un guantazo que la apagó la mecha.

PIPO. Fué una injusticia. ¡Salirle seis meses y un día por tirarle a un parroquiano con un merengue!

SEÑOR CUSTODIO. No, no disimules; ya sabemos que en medio del merengue iba una pesa de cuarto kilo.

PIPO. Que se fué pegá al dulce; pero la intención...

SEÑOR CUSTODIO. La intención y el hecho fué que le abrió la cabeza dulcemente, y cuando operaron al agredido tenía el cerebro amerengao.

PIPO. Pero curó.

SEÑOR CUSTODIO. De la herida, sí; pero le ha quedao diabetis.

SEÑOR NOÉ. *Por el fondo, con una bandeja en la que no falta el San José decorativo.* ¡A ver si hay pupila y no tengo que dar los paseos dobles!

SEÑOR CUSTODIO. Pues ¿qué pasa?

SEÑOR NOÉ. *Remedándole.* ¿Qué pasa, qué pasa? Que dice este señor que, o pone usted aquí otra cosa que no sea un santo, o no toma los dulces.

PIPO. ¿Pero usté no le ha dicho...?

SEÑOR NOÉ. Yo no tengo que decir na, y menos observaciones, que no estoy pa tonterías. Pa cuatro propinas que gana uno...

SEÑOR CUSTODIO. Si no está usté a gusto, se marcha.

SEÑOR NOÉ. Si me da la gana. ¡A ver si se las va usté a dar de amo!

SEÑOR CUSTODIO. *A Araceli.* No te digo que...

ARACELI. Bueno. ¿Qué quiere ese señor que se le ponga ahí?

SEÑOR NOÉ. ¿Qué sé yo? Otra cosa.

SEÑOR CUSTODIO. ¿De dónde es el cliente?

SEÑOR NOÉ. Creo que de Barcelona.

SEÑOR CUSTODIO. Pues baje usté al obrador y que le pongan en la bandeja un retrato de Maciá. Que lo recorten de un *Nuevo Mundo.*

SEÑOR NOÉ. Me parece a mí que va usté a llevar la bandejita. *Se va por la izquierda refunfuñando.*

SEÑOR CUSTODIO. *A Pipo.* Baja, hombre, y entiéndete tú con el Señor Paco, no sea que riña con éste y haya una catástrofe; que tengo abajo quinientos huevos.

PIPO. *Dirigiéndose a la izquierda.* Eso me *ispira* otro capitel: "Un confitero es una clueca, que en lugar de pollos saca pasteles." *Mutis.*

SEÑOR CUSTODIO. *Con entusiasmo.* ¡Clavao! *A Ara-*

celi. ¡Cuando yo digo que tu hermano hace carrera con el cerebro! ¿No te parece? *Reparando en la triste actitud de la muchacha.* Pero ¿qué te pasa?

ARACELI. Na, que me va cansando un poco esta vida; que to el mundo se da cuenta de que somos aquí unos recogidos por caridá; que no nos respeta nadie, y que yo estaba mucho mejor cuando usté ganaba un jornal que ahora que vivimos a la sombra de mi tía.

SEÑOR CUSTODIO. Lo que tú quieras; pero esa sombra es la que nos hace falta a tos.

ARACELI. A mí, la de un hombre.

SEÑOR CUSTODIO. Nadie tiene la culpa de que aquél te saliera rana.

ARACELI. No me lo recuerde usté.

SEÑOR CUSTODIO. Si es que te conviene pa que no seas ilusa. Un Don Juan que se moría de amor por ti, y luego se casó con Doña Brígida porque tenía dinero. ¡Miá tú no hubiera yo sío la estatua de piedra del Comendador, que le caigo encima! ¿Pero estás llorando?

ARACELI. Parece que quiere usté mortificarme.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Qué dices, criatura! ¡Vamos, has el favor de secarte esos ojos! ¡Los hombres son unos sinvergüenzas! Entren tos y salga el que le toque.

ARACELI. ¡Que usté es hombre, padre!

SEÑOR CUSTODIO. Yo me quedo en la puerta. *Suena rumor de riña hacia la izquierda.* ¡Atiza! ¿Qué pasa en el obrador? ¿A que le ha dicho tu hermano el capitel de la clueca al Señor Paco? *Mutis izquierda. A poco, cesa el ruido.*

ALFREDO. *Por el fondo.* ¿Se ha quedao usté sola?

ARACELI. ¿Pa que quié usté saberlo?

ALFREDO. No se enfade. Vengo a pedirla que me perdone por la escenita de antes. Mi padre cree que tengo siete años, y sin querer me pone en ridículo.

Araceli. Está usté perdonao. Haga el favor de marcharse, no tengamos otra como la pasada.

Alfredo. ¿Pero por qué es eso, Araceli?

Araceli. ¿Sabe usté mi nombre?

Alfredo. Cuando una mujer interesa se entera uno hasta de la hora a que se levanta. ¿Es que no se ha dao usté cuenta de que llevo quince días atracándome de dulces?

Araceli. ¡Entran tantos golosos!...

Alfredo. Ya lo sé. Y sé también que a ninguno le hace usté caso, porque un desengaño de cariño le obliga a mirar a los hombres con recelo.

Araceli. Es verdá.

Alfredo. Pues eso no es razonable, Araceli. Ni somos iguales toos los hombres, ni las ilusiones se puen acabar por un desengaño.

Araceli. Para mí, sí. Hace tiempo que perdí la fe en el cariño.

Alfredo. ¿Y si yo la demostrara...? *Viendo aparecer al Señor Custodio por izquierda y metiéndose un dulce en la boca rápidamente.* De coco, ¿verdá?

Araceli. Sí, señor.

Señor Custodio. ¿Pero otra vez aquí? *Socarrón.* Joven, que se va usté a empachar.

Alfredo. *Aparte a Araceli.* No le contesto porque es su padre.

Araceli. Muchas gracias.

Señor Custodio. Tenga usté en cuenta que hay dulces de estos que tien vainilla, y no hay peor cuña que la de la misma madera.

Alfredo. *Pagando, y en voz baja a Araceli.* Hasta luego. *Mutis fondo.*

Señor Custodio. ¿Pero le estás dando marcha?

Araceli. Ya sabe usté que no.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ah, vamos! Porque como a éste lo cale tu tía le hace comerse to el establecimiento.

ARACELI. Bueno, déjeme usté en paz, que no estoy de humor pa oír tonterías. *Se va por la derecha.*

SEÑÁ SALUD. *Por el fondo, trayendo un canastito cubierto por una servilleta.* ¡Buenas!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Y calurosas!

SEÑÁ SALUD. ¡No tanto!

SEÑOR CUSTODIO. Cuando le da a uno el sol tan de lleno hay que decir que son calurosas.

SEÑÁ SALUD. ¡Sí, sí!

SEÑOR CUSTODIO. Qué, a traerle el piri a ese animalote, ¿no?

SEÑÁ SALUD. Comedimiento, Señor Custodio. Ya sabe usté que no me gusta que le falten.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Si es una mula, hombre! ¡Si se come las naranjas con cáscara y to! Hace un momento he tenío que comprimirme pa no echarlo a la calle.

SEÑÁ SALUD. ¿Pues qué ha hecho?

SEÑOR CUSTODIO. Que le ha agraciao mi chico con un capitel; una preciosidad de pensamiento, que lo dice a la puerta la Academia la Lengua y le sacan un sillón, y el muy borrico lo ha metío la cabeza en la masa el merengue y me lo ha puesto que no lo afeitan por dos duros.

SEÑÁ SALUD. Sí, bruto es un poco. Pero ¿qué quié usté? Una... Al cabo es padre de mis ocho hijos.

SEÑOR CUSTODIO. De siete na más, Seña Salú.

SEÑÁ SALUD. ¿Cómo?

SEÑOR CUSTODIO. Que estoy documentao. Usté tiene con el Señor Paco siete hijos.

SEÑÁ SALUD. ¡Ah! ¿Pero usté cree que el octavo...?

SEÑOR CUSTODIO. El octavo, no mentir.

SEÑÁ SALUD. ¡Señor Custodio! No se lo tomo a usté a mal porque sé que ha tenío la meningitis.

SEÑOR CUSTODIO. *Riendo.* ¡Es usté un monumento de señora!

SEÑÁ SALUD. ¡Gracias!

SEÑOR CUSTODIO. Pero no hace usté pandán con ese botarate. Vamos, que no la pega.

SEÑÁ SALUD. ¿Que no? ¡Flojo es sacudiendo!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Eh!

SEÑÁ SALUD. *Remangándose el brazo izquierdo.* Mire usté qué cardenalito.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Caray! ¡Vaya cardenal y vaya diócesis! ¿Y usté ha dejao que ese tío?...

SEÑÁ SALUD. Está en el derecho. *Se baja la manga.*

SEÑOR CUSTODIO. *Refiriéndose al brazo.* En el izquierdo, Señá Salú.

SEÑÁ SALUD. Digo mi hombre; pa eso lo es.

SEÑOR CUSTODIO. Yo no puedo con estas cosas. ¡Salvaje! ¡Golpearla!... ¿Quiere usté enseñarme el cardenal otra vez?

SEÑÁ SALUD. No, señor, que se costipa.

SEÑOR CUSTODIO.—¿Tiene que predicar?

SEÑÁ SALUD. ¡Vamos, quite!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ay, si yo la hubiera conocido a usté hace veinte años!

SEÑÁ SALUD. Era yo una niña.

SEÑOR CUSTODIO. Y yo un niño; ¡pero lo que hubiéramos jugao los dos!

SEÑOR NOÉ. *Por la izquierda con la bandeja de dulces, en cuyo centro campea ahora un fotograbado.* ¡Vamos a ver, hombre!

SEÑOR CUSTODIO. Qué, ¿se arregló?

SEÑOR NOÉ. *Con mal genio.* ¡Se arregló, se arregló! ¡Ya veremos!

SEÑOR CUSTODIO. *Aparte.* ¡Anda, lo ha tomao al pie de la letra! *Alto.* Bueno, a ver si pasa.

SEÑOR NOÉ. Como no pase me va usté a oír. *Mutis fondo.*

SEÑÁ SALUD. ¡Ay, qué gracioso! ¿También éste se le atreve? Usté no tié carázter.

SEÑOR CUSTODIO. Es que yo soy de los que aguantan y aguantan, y cuando desfogo...

SEÑÁ SALUD. ¿Y cuándo desfoga usté, so impulsivo?

SEÑOR CUSTODIO. De noche, en la cama. ¡Le doy ca puñetazo al colchón!

SEÑÁ SALUD. ¡Mi madre! ¡Es usté de abrigo! ¡Qué matón de lana! *Ríe.*

SEÑOR CUSTODIO. ¡So guapa! ¡Tié usté una simpatía que me lleva de calle hasta por los derribos.

SEÑÁ SALUD. *Disponiéndose a marchar.* Vaya, que se enfría.

SEÑOR CUSTODIO. ¿El qué?

SEÑÁ SALUD. Lo otro.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Pigramática!

SEÑOR PACO. *Por la izquierda, en actitud agresiva.* Oye, ¿a qué vienes?

SEÑÁ SALUD. ¡Qué pregunta! ¡A traerte la comida!

SEÑOR PACO. ¿A mí o al señor?

SEÑOR CUSTODIO. Yo estoy a régimen.

SEÑOR PACO. *Con doble intención.* Y hace usté bien, porque eso es pa mí solo, y el que quiera meter ahí la cuchara se queda sin dientes. *A la Señá Salud.* Vamos pa abajo. *Al Señor Custodio.* ¿Usté gusta?

SEÑOR CUSTODIO. Que aproveche. *Pensativo.* ¿Me ha amenazao? ¡Yo creo que me ha amenazao! ¡Ay, que me ha amenazao! Custodio, esto no puede quedar así; hay que darle coba a ese hombre. *Mutis tras ellos.*

FELIPE. *Entrando foro.* ¡Araceli! ¡Araceli! *Viste luto riguroso.*

ARACELI. *Por la derecha, sorprendida.* ¿Tú? ¿Tú aquí? ¿Pero tienes vergüenza?

FELIPE. Mujer, esa es una pregunta que pué ofender.

ARACELI. ¡Vete! ¡Vete o llamo al primer guardia que pase!

FELIPE. No es mester que te incomodes. Conque llames a tu tía, que mata al por mayor...

ARACELI. Eso te vale, que no está ella.

FELIPE. Mientras más te enfades, más bonita te pones.

ARACELI. ¿Pero es que vienes a burlarte?

FELIPE. Si no dejas que me explique...

ARACELI. No tendría vergüenza si te escuchara. *Se sienta a un velador y vuelve la espalda a Felipe. Pausa.*

FELIPE. Conformes, no me escuches. Yo charlaré como si hablara conmigo solo, y me haré la ilusión de que te estás enterando. *Ella hace un gesto despectivo. Felipe pasea, como si no hubiese allí más que él.* Felipe, aquí vivía una mujer que tú has querido con toda tu alma. Los dulces que ella vendía eran dulces, porque los vendía ella. Loco te traía aquella gachí.

ARACELI. ¡Mentira!

FELIPE. ¿Cómo? ¡Ah, bueno! Pero tú eras pobre, soñabas con casarte ¡y tenías seis pesetas de jornal! Ya te digo que soñabas. De pronto, una mujer que podía ser tu madre, una mujer rica, de pueblo, se prendó de tu tipo —dispensa el piropo—y te habló de casamiento.

ARACELI. ¡Canalla!...

FELIPE. Y tú dijiste: por muy duro que esta señora tenga el pellejo, ¿qué pué vivir? No creo yo que llegue a viajar en autogiro. Esta es la fortuna pa ti y pa la mujer que quieres, porque pronto te vas a ver solo y rico.

ARACELI. ¿Y te vendiste?

FELIPE. Por ti.

ARACELI. ¡Qué asco!

FELIPE. Nos casemos, nos fuimos a vivir a Pinto, que era su pueblo natal, y aquí se quedó el corazón de un hombre que supo sacrificarse.

ARACELI. ¿Y a qué vuelves?

FELIPE. A buscar lo que me dejé aquí. ¿Es que esta ropa negra no te dice nada?

ARACELI. *Levantándose.* ¿Cómo? ¿Has enviudado?

FELIPE. He tenío esa suerte. No quiero ser hipócrita. Soy libre, rico y te quiero más que antes.

ARACELI. *Viendo aparecer a Pipo.* ¡Calla!

PIPO. *Por la izquierda, limpiándose con el pañuelo algunos residuos de merengue que aún le quedan en la cara, y como si hablase con alguien que está dentro.* ¿Quién, usté? Usté, en un concurso de brutos, "Miss Alcornoque". *Reparando en Felipe.* ¡Anda! Pero ¿cómo está aquí éste? ¿Y qué hago yo, que le juré a mi tía que le mataba en cuanto le viera?

FELIPE. ¡Hola, Pipo! ¿No quieres saludar?

PIPO. *Aparte.* ¡Ah, eso es! Hago que no le conozco, y no conociéndole no tengo por qué matarlo.

FELIPE. ¡Venga esa mano, hombre!

PIPO. ¿Yo? Está usté confundío, caballero.

FELIPE. ¿De veras? ¿No eres tú, pelafustrán?

PIPO. No, señor; pelafustrán es dos tiendas más abajo.

FELIPE. *A Araceli.* ¿Has visto?

PIPO. A mi hermana no la tutee usté.

FELIPE. ¡Qué orgullo! ¿Es que quieres que te diga quién soy? ¿Quieres que te regalen la oreja?

PIPO. No, señor, porque voy a tener que matarlo, y aunque me regalen la oreja, no lo mato. *Mutis por donde vino.*

FELIPE. *A Araceli, que permanece ensimismada.* ¿Qué te parece? *Viendo que no le contesta.* Está bien; yo he vivío dos años sufriendo con la esperanza de que llegara

este día, y ya veo que aquí no puedo encontrar más que odio. Está bien. Hasta nunca. *Se dirige al foro.*

ARACELI. ¡Felipe!

FELIPE. ¡Araceli!

ARACELI. ¿Es verdá que lo hiciste por mí?

FELIPE. ¿Y me lo preguntas, cuando vuelvo?

ARACELI. Tienes razón.

FELIPE. Te han vuelto loca los malos consejos. Me has aborrecido, cuando me sacrificaba.

ARACELI. ¡Perdóname! No quise creerte, y ahora veo que hice mal.

FELIPE. ¿Me sigues queriendo?

ARACELI. No he dejado de quererte nunca, ni cuando creía que te odiaba.

FELIPE. *Abrazándola con entusiasmo.* ¡Chiquilla!

ARACELI. ¡Felipe!

SEÑOR TOMÁS. *Por el foro.* ¿Sigue siendo esto una confitería? *Araceli se aparta rápidamente de Felipe y va a ocupar su puesto tras el mostrador. Felipe marca un gesto de contrariedad, que se acentúa al reconocer al recién llegado.* Pregunto...

FELIPE. Sí, señor; sigue siendo confitería.

SEÑOR TOMÁS. Gracias; es que así, al pronto, me pareció un local artístico donde estaban ensayando "Los Amantes de Teruel".

FELIPE. Usté siempre tan jocoso, amigo Tomás.

SEÑOR TOMÁS. Veo que ties memoria. Pero cuando trabajabas en mi taller, hace años, me llamabas Señor Tomás.

FELIPE. Sí, hace años.

SEÑOR TOMÁS. Se conoce que desde que te vistes de negro, pa disimular las manchas, has perdío la poquita educación que te se pegó de mi trato.

Felipe. Eso, permitáme usté que le diga que es una patada.

Señor Tomás. No, patada va a ser la que te voy a dar si te me subes a las barbas, que todavía no me se ha olvidao cómo te tuve que echar del taller.

Araceli. Felipe, no le hagas caso.

Felipe. ¡A un anciano! ¡Fíjate! *Vuelve la espalda al Señor Tomás, y aproximándose al mostrador le dice a Araceli en voz baja y acariciadora:* ¿Puedo venir luego, mi vida?

Araceli. *En el mismo tono.* Luego y siempre. *Felipe, desde el foro, tira un beso a Araceli y desaparece. Señor Tomás, que se ha sentado a un veladorcito, toca repetidas veces las palmas.*

Araceli. *Con malos modos.* ¡Voy! ¡Voy!

Señor Tomás. No, si no tengo prisa; si es que aplaudo el mutis del galán.

Araceli. *Acercándose y reprimiendo a duras penas su indignación.* ¿Qué quiere usté?

Señor Tomás. Menos que usté me pegue, cualquier cosa.

Araceli. Le azvierto que no estoy sola.

Señor Tomás. Está usté conmigo, y no está mal, porque servidor es incapaz de faltarle a una mujer.

Araceli. Bueno, ¿qué quiere?

Señor Tomás. Primero darla un consejo: No se fíe de ese que acaba de salir, porque es un punto de media artificial, de los que empiezan en el talón y acaban en el bolsillo.

Araceli. Hable usté con más respeto.

Señor Tomás. Calma, joven. Repito que es un granuja.

Araceli. Y usté un...

Señor Tomás. Al que tuve que echar de mi taller por-

que en sus ratos de ocio, u séase en las ocho horas de trabajo, se empeñó en trasladar mis herramientas a su casa.

ARACELI. ¡Mentira! ¡Calumnia!

SEÑOR TOMÁS. Ya está usté avisá. Ahora haga el favor de servirme unos pasteles.

ARACELI. ¿Yo? ¿Que le sirva yo? ¡Márchese de aquí!

SEÑOR TOMÁS. Quiero hablar con su padre. Estoy en mi derecho y no me voy. Traiga pasteles.

ARACELI. Antes de eso soy capaz de... Ahí se queda usté solo. ¡Mal hombre! ¡Mamarracho! *Se va furiosa por la puerta de la derecha.*

SEÑOR TOMÁS. Bueno. Pues aquí no se pué estar sin hacer gasto. Me serviré yo solo. *Se acerca al mostrador y toma un platito. Luego va diciendo, sin apartar los ojos de los pasteles:* Póngame ese de crema. *Lo pone en el plato.* Ese borracho parece que está bien. *Lo pone también.* Y ese hojaldre. ¡Gracias, no quiero más! *Va a la pila, llena un vaso de agua y, en unión del plato, lo coloca en un velador y se sienta.* ¡Qué propina me voy a sacudir yo solito! *Entra un parroquiano por el foro. Se aproxima al mostrador y repiquetea con los dedos en el cristal de la vitrina, esperando que le despachen.* Me gusta la interfezta. No, se ve que mi chico, en lo de saber elegir, sale a su padre. Lo malo es el bache ese, que nos va a fastidiar el camino. Menos mal que de esto del tránsito rodao servidor entiende tanto como el Ayuntamiento. *Durante este monólogo, el parroquiano, convencido de que no hay nadie en el establecimiento, la emprende con todos los pasteles a toda prisa. Señor Tomás ha sacado lapicero y papel y escribe, sin cesar en sus reflexiones.* Un padre debe estar en to. Si al muchacho le ha entrao por el ojo derecho la confitera, que sí que le ha entrao, ¿pa qué estoy yo aquí? Confitera va a tener hasta que se empache. *El parroquiano, satisfecho ya de dulces, echa la última mirada a de-*

recha e izquierda, y convencido de que no hay peligro, se dispone a tomar la puerta. Señor Tomás se interpone entre la puerta y el parroquiano con el bastón apercibido, y alargándole el papel en que escribía. Caballero...

PARROQUIANO. ¿Qué pasa?

SEÑOR TOMÁS. Su factura.

PARROQUIANO. ¿Cómo?

SEÑOR TOMÁS. Que servidor ve hasta de espaldas. Ahí tié usté anotao: Tres merengues, dos hojaldres y un *petisú.* Total, una veinte.

PARROQUIANO. ¿Pero es usté el dueño?

SEÑOR TOMÁS. Yo, dondequiera que estoy, soy el amo. Sacúdase.

PARROQUIANO. *Pagando.* Ahí va, hombre. ¡A ver si cree usté que no iba a pagar!

SEÑOR TOMÁS. No, ya he visto que lo quería usté abonar por giro... de talones. Vaya, que aproveche, y aquí tié usté su casa.

PARROQUIANO. *Haciendo mutis foro.* ¡Nos ha fastidiao!

SEÑOR TOMÁS. Na, que se creyó que eran de propaganda.

SEÑOR CUSTODIO. *Por el foro.* ¡Araceli!

SEÑOR TOMÁS. No está.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Cómo? ¿Dónde está la chica?

SEÑOR TOMÁS. Ondulándose.

SEÑOR CUSTODIO. Y usté, ¿qué hace aquí solo?

SEÑOR TOMÁS. Prazticando de cajera. Ahí va el importe de lo mío y de lo ajeno. *Le da unas monedas.*

SEÑOR CUSTODIO. ¿Quié usté explicarme?

SEÑOR TOMÁS. No, señor. Si me explico me va usté a tener que pasar un sueldo. He venío pa que hablemos sin testigos, y esta es la gran ocasión.

SEÑOR CUSTODIO. *Temiendo una bronca.* Mire usté,

a mí no me gustan los disgustos, sobre to cuando no está aquí mi hermana. Si usté se siente ofendido por lo de antes...

SEÑOR TOMÁS. Vengo con bandera blanca.

SEÑOR CUSTODIO. Pues servidor retira las tropas de la frontera. Soy todo oídos. *Se sientan.*

SEÑOR TOMÁS. ¿Usté sabe lo que es tener un hijo único y *asoluto?*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Hombre, si, señor! Yo tengo dos hijos únicos.

SEÑOR TOMÁS. Digo uno na más.

SEÑOR CUSTODIO. Pues también tengo un hijo único na más, porque la otra es hija.

SEÑOR TOMÁS. Bueno, no le llamo a usté bruto por no estropear la conferencia.

SEÑOR CUSTODIO. Adelante.

SEÑOR TOMÁS. Pues un hijo único es pa un padre algo así como el que no tié en su casa más que una luz. ¿Usté me entiende? Vive usté temblando de quedarse a obscuras, y no se atreve ni a respirar fuerte por temor de que se le apague.

SEÑOR CUSTODIO. Eso es una cerilla de las malas.

SEÑOR TOMÁS. *¡Esazto!* Y eso es lo que a mí me pasa con mi chico. Lo veo triste, y me tiemblan las piernas que me se plisan los pantalones; me dice que le duele la cabeza, pongo un órgano, y llamo junta de médicos pa que le receten aspirina.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Caray!

SEÑOR TOMÁS. Y es que me se quedó sin madre a los tres meses, Señor Custodio, y servidor le dió los biberones, y le cambió los pañales, y le fué llenando de vida, como esos globitos que le regalan a usté hechos piltrafas y usté va hinchándolos poquito a poco con su aliento hasta que tienen brillo.

SEÑOR CUSTODIO. Veo el globito. Eso tié su mérito, Señor Tomás. Biberones... Pañales... Usté ha sío "La Gota de Leche" y el "Ropero de Santa Isabel" en una pieza.

SEÑOR TOMÁS. Y a partir de ahí ¿pa qué voy a contarle? Un capricho del chico ha sido pa este padre una real orden, y si me ha pedío seda y oro pa vestir, seda y oro le ha comprao un servidor, y si ha querío la Biblia pa comer...

SEÑOR CUSTODIO. Usté le ha dao sopa de letras.

SEÑOR TOMÁS. ¡Y gloria bendita! ¡Excuso decirle qué no haré yo ahora al saber que mi chico se ha enamorao como un tonto de la chica de usté!

SEÑOR CUSTODIO. ¿En serio?

SEÑOR TOMÁS. ¡Como que está de distraído que nos sentamos a comer y se lleva la cuchara a la oreja!

SEÑOR CUSTODIO. Eso pué ser miopía, Señor Tomás.

SEÑOR TOMÁS. ¡Esos son percebes! ¡Nos ha fastidiao!

SEÑOR CUSTODIO. Bueno, ¿y qué puedo yo hacer en este caso?

SEÑOR TOMÁS. Ahí vamos a parar. Su chica tiene amores con un sinvergüenza.

SEÑOR CUSTODIO. No pué ser.

SEÑOR TOMÁS. ¿Que no?

SEÑOR CUSTODIO. El único sinvergüenza con quien mi chica ha tenido amores se casó hace dos años.

SEÑOR TOMÁS. Pues ha enviudao.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Cómo?

SEÑOR TOMÁS. El lo sabrá.

SEÑOR CUSTODIO. *Viendo salir por la izquierda a la Señá Salud.* Dispense usté un momento qué ahora seguiremos la charla.

SEÑÁ SALUD. Hasta lueguito, Señor Custodio.

SEÑOR CUSTODIO. *Bajo a Señá Salud.* ¿Pero se va usté a ir así?

SEÑÁ SALUD. ¿Cómo?

SEÑOR CUSTODIO. ¿Sin darme un beso siquiera?

SEÑÁ SALUD. ¿Un beso? ¡Usté está chalupa!

SEÑOR TOMÁS. *Aparte.* ¿Qué tendrá esta confitería que to el que entra aquí se siente amoroso?

SEÑÁ SALUD. ¡Vaya, que usté se refresque!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Adiós, castigo! *Le da un pellizco en el brazo.*

SEÑÁ SALUD. ¡Quite, que se quedan señalaos!

SEÑOR CUSTODIO. ¡No soy tan bruto! ¡Yo, to lo más que la hago es un canónigo pa que acompañe al cardenal!

SEÑÁ SALUD. ¡Ande, ganso! *Mutis foro.*

SEÑOR CUSTODIO. ¿Qué, qué le parece?

SEÑOR TOMÁS. ¡Hombre, que estas sesiones deben darse con la luz apagá, como en los cines!

SEÑOR CUSTODIO. Bueno, ¿qué me decía usté antes, que Felipe ha enviudao?

SEÑOR TOMÁS. Eso.

SEÑOR CUSTODIO. Pues es la primera noticia que me llega. ¿Está usté seguro?

SEÑOR TOMÁS. Y la Araceli también, porque he sorprendío aquí a la pareja en pleno armisticio hace media hora.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Aquí? ¡Pero, hombre, usté sabe de mi casa más que yo!

SEÑOR TOMÁS. Porque usté no vive en su casa, sino en las nubes.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ay, la que va a armar mi hermana!

SEÑOR TOMÁS. Y la que voy a armar yo también como a ese sinvergüenza no se le dé la boleta y mi hijo se ponga al habla con la Araceli.

SEÑOR CUSTODIO. Me ha dejao usté frío. ¿Pero es

posible que mi hija tenga tan poca vergüenza? ¡Hablar con ése!... ¡Bueno, yo no la he pegao nunca, pero hoy va a cobrar to lo atrasao! *Asomándose a la derecha y con voz terrible.* ¡Araceli!

SEÑOR TOMÁS. ¡Cuidao, que no quiero yo que las cosas pasen a mayores!

SEÑOR CUSTODIO. En la educación de mis hijos no se meta usté. ¡Araceli!

ARACELI. *Por la derecha.* ¿Qué pasa?

SEÑOR CUSTODIO. Aquí ha estao Felipe.

ARACELI. *Muy fresca.* Sí, señor.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Y cómo ha venido?

ARACELI. A pie.

SEÑOR TOMÁS. *Aparte.* ¡Ahora es la bofetá!

SEÑOR CUSTODIO. No te pregunto por el medio de locomoción, aunque no me extrañaría que lo hubieran traído en el celular. Me azmiro de que tú hayas hablao con él.

ARACELI. ¿Y por qué ese asombro? Felipe es ahora libre, me quiere y vuelve por mi cariño.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Después de haberse casao con otra?

ARACELI. Se casó por mí, ¿qué pasa? Yo puedo poner mis ojos en el hombre que me agrade, y no en el que a usté le guste.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Pero está usté oyendo? ¿Qué le parece?

SEÑOR TOMÁS. Que ya está bien, hombre, que no debe usté darle más. ¡Qué tío! ¡Es usté el *correcional* de Santa Rita!

ARACELI. ¿Pues qué quería usté, so guasón, que me pegara? ¡Vamos, padre, deme un golpe pa que el señor no se disguste!

SEÑOR CUSTODIO. ¿Pegarte yo a ti? ¿Quitarle ese derecho a tu tía? ¡Vamos, hombre, yo sé cuál es mi puesto!

ARACELI. *A Señor Tomás.* ¿Se va usté enterando?

SEÑOR TOMÁS. ¡No he perdío la onda!

ARACELI Me alegro, porque todavía tengo que decirle alguna cosita más.

SEÑOR TOMÁS. ¿Qué?

ARACELI. Que si quiere usté una novia pa su hijo lo anuncie en los papeles, que aquí ha llegao tarde.

SEÑOR CUSTODIO. *Riendo.* Eso está bien.

SEÑOR TOMÁS. ¡Oiga usté, so presumida; mi chico tié aguardando turno a todas las reinas de la belleza del presente año!

ARACELI. Pues que le aproveche.

SEÑOR TOMÁS. Porque en figura es el uno, y en *faciones,* el primero, y en rumbo, el que va delante. Empápese bien, jovencita, que si usté es simpática a ratos cortos, cuando mi hijo se sonríe le bajan el sueldo a Chevalier. *A Señor Custodio.* ¿Esagero?

SEÑOR CUSTODIO. No, señor; su hijo es el *Jiocondo* de la Fuentecilla.

SEÑOR TOMÁS. Pues a otra cosa. *Viendo a Alfredo que asoma al foro.* A propósito. Ven acá.

SEÑOR CUSTODIO. *Bajo a Señor Tomás.* ¡Hombre, no ponga usté a los chicos en el aprieto!...

SEÑOR TOMÁS. ¿Qué aprieto? Aquí no hay más que lo que salta la vista. *A Araceli, por Alfredo.* Vamos, compare usté a este hombre con ese espárrago de luto que tiene por castigador. Aquí hay figura. Aquí...

ALFREDO. Padre. ¿Me permite usté un momento?

SEÑOR TOMÁS. Sí. ¿Qué tienes que *ojetarme?*

ALFREDO. Que usté, a fuerza de cariño, me está poniendo en ridículo delante de esta mujer.

SEÑOR TOMÁS. ¿Yo?

ARACELI. No; eso, no. Ya me hago cargo...

ALFREDO. Quien se hace cargo de lo que aquí pasa soy yo, y por eso quiero poner las cosas bien claritas. Yo,

joven, no estoy muriéndome por sus pedazos, como mi padre cree.

ARACELI. ¡Ya, ya!

ALFREDO. Sin retintín. Sería mucha presunción en usté suponer lo contrario. ¿No es verdá?

ARACELI. ¡Naturalmente!

SEÑOR TOMÁS. *Bajo, a Alfredo.* Sigue por ahí que vas bien.

ALFREDO. Usté me ha sido simpática y se lo he dicho. Su padre...

SEÑOR CUSTODIO. Déjeme usté a mí quieto, que yo estoy callao.

ALFREDO. Su padre tuerce el gesto cuando me ve entrar, usté también lo tuerce, y servidor sabe que sin entrar aquí se pueden comer dulces en cualquier lao. Este es el caso, y no hay por qué darle más importancia de la que tiene.

SEÑOR CUSTODIO. *Bajo, a Señor Tomás.* ¿Usté ve? Eso es ser razonable.

SEÑOR TOMÁS. *Idem.* No; es que, sin despreciar el género, la chica no es pa tanto... ¡Mi chico!...

SEÑOR CUSTODIO. ¡Hombre, a ver si cree usté que su chico es la cartera de Hacienda!

ALFREDO. Conque usté dispense, Araceli, que no la volveré a molestar.

ARACELI. Es usté muy orgulloso.

ALFREDO. Pero si algún día..., ¿quién sabe?..., la pudiera servir en algo...

SEÑOR TOMÁS. Un continental, y al avío.

ALFREDO. A pesar de lo orgulloso que soy, acuérdese de mí.

FELIPE. *Por el foro.* Creo que no la va a hacer falta.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Quién te ha dao a ti permiso pa entrar aquí?

FELIPE. Usté me lo dió hace tres años.

SEÑOR CUSTODIO. Pues ha caducao.

SEÑOR TOMÁS. *Bajo, a Alfredo.* Chico, llégate a casa y espérame allí, que ahora voy.

ALFREDO. No, señor. De aquí salimos juntos.

SEÑOR CUSTODIO. *A Felipe.* ¡Vete!

FELIPE. Cuando me lo diga ésa.

ARACELI. Padre, ya sabe usté lo que le he hablao hace un momento.

SEÑOR CUSTODIO. Sí, pero tú no sabes lo que va a hablar tu tía cuando le llegue el turno.

FELIPE. En cuanto yo hable con ella cambia de opinión. Señor Custodio, yo vengo por la calle de los hombres honraos.

SEÑOR TOMÁS. No lo crea usté. Este señor no sabe dónde está esa calle.

FELIPE. ¡Usté me está buscando, Señor Tomás!

SEÑOR TOMÁS. ¡Yo, no; será la poli!

FELIPE. ¡Si no mirara!

ALFREDO. ¡Eh, cuidao, que va usté a tropezar, amigo!

FELIPE. Pero ¡cómo! ¿A mí con marchosería?

SEÑOR TOMÁS. *A Señor Custodio.* Vamos, ponga usté a este hombre en la calle y *desinfezte* el local.

FELIPE. ¡Quien se debe poner en la calle es usté!

FELIPE. ¡Ea, esto se acabó! *Encarándose con Alfredo.* He respetao a su padre por la edad; pero a usté, que es joven y se la da de bonito, le voy a pintar un chirlo pa que no presuma. *Se dispone a sacar un arma.*

ARACELI. ¡Felipe!

ALFREDO. *Enarbolando una silla.* ¡Vamos a verlo!

SEÑOR TOMÁS. *A su hijo, alzando el bastón.* ¡Déjame sitio donde darle!

ARACELI. *Abrazándose a Felipe.* ¡Por mí, Felipe! *Revuelo, caída de veladores y sillas.*

Señor Custodio. ¡A la calle todos, que esta es mi casa! ¡A la calle en seguida, o...!

Señor Tomás. ¿Qué?

Señor Custodio. O me voy yo.

Señor Tomás. *Amenazándole.* ¡Usté tié la culpa de to esto por no saber ser hombre!

Felipe. *Volviéndose en tono agresivo hacia el Señor Custodio.* ¡Y es verdá, so bragazas!

Araceli. ¡Tú, que es mi padre!

Señor Noé. *Por el foro, con la bandeja vacía.* ¡Pero es un panoli; lo digo yo, que por su culpa me han tirao los dulces a la cabeza!

Araceli. ¡Señor Noé!

Señor Noé. ¡Mandarme con un retrato de Maciá a un cliente que es monárquico!

Señor Custodio. ¿Y por qué no le preguntó usté a la portera, so atrasao?

Señor Noé. ¡Calle usté o se va a comer la bandeja!

Señor Custodio. ¿A mí?

Alfredo. *Tirándole la bandeja de un guantazo.* ¡Vamos, ande!

Pipo. *Por la izquierda, seguido del Señor Paco, que empuña un rodillo de afinar la masa.* ¡Padre! ¡Padre! ¡Socorro! *Se esconde detrás de él.*

Señor Paco. ¡No te escapas sin que te ablande la sesera, ladrón!

Araceli. ¡Quieto!

Señor Paco. ¡Capiteles a mí!

Araceli. ¡Si le toca usté a mi hermano le saco los ojos!

Señor Custodio. ¿Pero quién manda aquí?

Señor Tomás. *Mostrando el bastón.* ¡Este!

Señá Agustina. *Apareciendo en la puerta del fondo, acompañada de Martínez, que viste uniforme de ordenan-*

za de la cárcel de mujeres. ¿Pero qué pasa en mi casa, si pué saberse? *Grande, chata, bigotuda. Es una mujer bravía, de las que la Naturaleza fabrica para suegras de yernos juerguistas. En el fondo, noblota y buena. ¡Pero hasta llegar al fondo!...*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Agustina!

ARACELI. ¡Tía!

MARTÍN. ¡Mi madre, qué campo de *Ayamonte!*

PIPO. ¡Tía, que nos quieren pegar!

AGUSTINA. ¿A vosotros? *Remangándose los brazos y avanzando.* Martínez, diga usté en la cá Quiñones que no cierren, que ahora vuelvo.

TELON

ACTO SEGUNDO

El mismo lugar de acción que el primero. Por la tarde. Señá Agustina, tras el mostrador, examina unos libros de cuentas. Sr. Custodio, Pipo y Sr. Paco, contestan temerosos a las preguntas de la dueña.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Cuántos kilos de almendras dice aquí?

PIPO. Ciento veinticinco.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Jesús de Medinaceli! ¿Pero es que todos los dulces de almendra los habéis hecho con almendra?

SEÑOR CUSTODIO. Algunas veces hemos aprovechao las cáscaras.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ochocientos sesenta kilos de azúcar y mil docenas de huevos en seis meses!

SEÑOR PACO. Sí, señora. Es que pasteles de crema se han hecho un porción.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Vaya, vaya! ¿Y cuándo se compra usté el cochecito?

SEÑOR PACO. ¿Qué cochecito?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡El elegante, el de la crema!

SEÑOR PACO. Señá Agustina, un servidor ha hecho lo que le han mandao.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Quién ha mandao?

SEÑOR PACO. El Señor Custodio. ¡Qué pregunta!

SEÑOR CUSTODIO. Te diré...

SEÑÁ AGUSTINA. *A Pipo.* Y tú, atontao, ya que tu padre es de los que no gastan herraduras por no armar ruido, ¿cómo no has sabido vigilar tu hacienda? ¡La vuestra, sí, so suicidas, porque to esto va a ser pa vosotros cuando una servidora cierre el ojo, que será después de haber hinchao varios! ¿En qué habéis estao pensando, hijos míos?

PIPO. Tía, yo... Todos hemos puesto de nuestra parte.

SEÑÁ AGUSTINA. Pa que pasemos a la misericordia, ya lo sé. *Mirando los libros.* ¡Cinco mil pesetas de gasto y quinientas de ingreso! ¡Ni las navieras!

SEÑOR CUSTODIO. Lo demás está en género.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Pero qué género, si he visto ahí unas duquesas que tièn arrugao hasta el título? ¡Maldita sea! ¡Me ha salido a mí esta condenita más cara que una perpetua!

SEÑOR PACO. Yo... he cumplío con mis deberes, y na más.

SEÑÁ AGUSTINA. Según a lo que usté llame deberes. Si ha pagao usté sus trampas, ha cumplido.

SEÑOR PACO. ¡Señá Agustina!

SEÑÁ AGUSTINA. Bueno. Ande al obrador, que voy a celebrar consejo de estao.

SEÑOR PACO. Está bien. ¿Sigo con la pasta o me va usté a dar pa los *güesos* de santo?

SEÑÁ AGUSTINA. Ya bajaré luego pa que hablemos de la pasta, y quizá que le dé pa los huesos. *Señor Paco hace mutis izquierda, disimulando su inquietud.*

PIPO. *Bajo, a su padre.* Ahora nos toca a nosotros.

SEÑOR CUSTODIO. No te asustes; pero abre esa puerta con disimulo. *Indica foro.*

PIPO. ¿Pa que corra el aire?

Señor Custodio. Pa que corramos nosotros.

Señá Agustina. *Sentándose a un velador e indicando a los demás que hagan lo mismo.* Conque vamos a ver, familia. No voy a preguntar lo que se ha hecho aquí durante mi ausencia, porque eso salta a la vista y hace llorar como las cebollas. Pero sí quiero que me digáis lo que vais a hacer desde ahora en lo sucesivo.

Señor Custodio. Mujer..., trabajar; ayudarte como hasta aquí.

Señá Agustina. Como hasta aquí, no, porque acabamos tos de orquesta callejera. ¿Has oído? ¡Como hasta aquí, no!

Señor Custodio. ¡Bueno, bueno!

Pipo. Pues como usté diga.

Señá Agustina. Eso ya es otra cosa. ¿Pero quieres estarte quieto con los tirantes, hombre? *Desde el principio de la escena, Señor Custodio tiene interesado todo su amor propio en colocar al mismo nivel las correderas de sus tirantes.* Oído al plan: La chica seguirá atendiendo a la venta; tú y el chico al obrador, uno, a la mesa, y el otro, a la batidora, y los dos a tener cuidao de que las libras de azúcar que pese el Señor Paco no presuman de inglesas, ya me entendéis, y una servidora...

Señor Custodio. Perdona que te ataje. *Aparte, a Pipo.* Esto la va alegrar. *Alto.* Al chico no le metas en el obrador, que vamos a malograrlo.

Pipo. Eso; el pensamiento tié que estar libre pa que produzca; si lo sujeta usté a una batidora salen las ideas mareás.

Señá Agustina. ¿Pero qué romance me estáis contando?

Señor Custodio. Claro, no me ha dao lugar a decirte...

Pipo. Eso; la tía no sabe...

SEÑOR CUSTODIO. Tu sobrino se ha destapao en estos seis meses que has estao fuera de casa.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Que se ha destapao?

PIPO. Revelao es la palabra.

SEÑOR CUSTODIO. Tina, vamos a tener en la familia un hombre grande, de los que se abren camino por fuerza.

SEÑÁ AGUSTINA. *A Pipo.* ¿Te han hecho de la brigada de asalto?

SEÑOR CUSTODIO. Un pensador, quiero decir.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Y con qué se come eso? ¿Os queréis explicar?

SEÑOR CUSTODIO. Explícate tú.

PIPO. Tía, yo he sentido siempre aquí dentro una cosa que me ha rebullío, que me ha soplao.

SEÑOR CUSTODIO. Eso es aire que te entra por las orejas.

PIPO. No, señora. A poco de que se la llevaran a usté me puse a escribir lo que pensaba, y empezaron a salirme capiteles, pensamientos, que yo los llamo así.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Pero qué profundos! Don Ulogio, el farmacéutico, le oyó algunos y dijo que tu sobrino era el cabo de gastadores del vanguardismo.

PIPO. Luego he mandao a un periódico de Canillejas diez capiteles y me los han publicao en primera plana y me han pedío el retrato.

SEÑÁ AGUSTINA. Bueno; pero..., ¿pero me quiés decir qué son esos *capiteles?*

PIPO. Verá usté, éste, por ejemplo: *Leyendo.* "Sol de siesta: Una mosca, dos moscas, tres moscas. Hace falta una calva."

SEÑOR CUSTODIO. ¡Eh! ¿Verdá que se ve al cuadro?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Mi madre, y el marco también! ¿Y cuánto te dan por eso?

PIPO. De momento, nada.

SEÑÁ AGUSTINA. Y luego, tampoco. ¡Natural!

SEÑOR CUSTODIO. Lleva la gran carrera; te lo digo yo.

SEÑÁ AGUSTINA. Bueno, pues mientras corres o no te vas al lao de la batidora y cuentas las moscas allí.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Tina, no seas atrasá!

SEÑÁ AGUSTINA. Si lo quieres así, y si no coges la puerta y te dedicas a repartir capiteles a domicilio, so atontao.

PIPO. ¡Tina!

SEÑÁ AGUSTINA. Que servidora no trabaja pa sostener *capitelistas*. Conque hay un elijan: esta puerta o ésta. *Indica izquierda y foro.*

PIPO. *Aparte, a Señor Custodio.* ¿Ve usté lo que es el *aznalfabetismo?*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Maldita sea! ¡Que dependa yo de...! ¡Si encontrara trabajo! ¡Si no hubiéramos pasao de moda los albañiles!... *A su hijo.* Vete al obrador.

PIPO. No, padre; que yo soy un artista, y los artistas tenemos vergüenza.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Qué lujo!

PIPO. Usté me da a elegir entre la esclavitú con pan o la libertá con hambre; no me importa, quiero hambre, porque llevo aquí el fuego sagrao que alimenta. *Indicando al foro.* Esa puerta es la mía.

SEÑÁ AGUSTINA. Piénsalo, que vas a comer una de fuego sagrao que te vas a caer de debilidá.

PIPO. Lo veremos.

SEÑOR CUSTODIO. *Bajo, a Pipo.* ¡No hagas tonterías, que no ties una perra, hombre!

PIPO. Tengo trazao mi camino.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Que aquí no vuelves a poner los pies como te vayas!

PIPO. Usté no me conoce; yo soy un luchador, yo soy

un *celebro;* quédese usté con sus dulces de almidón, señora.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Eh?

SEÑOR CUSTODIO. ¿Pero adónde vas a ir, criatura?

PIPO. *Enfático.* ¡A Pombo! *Mutis foro.*

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Le parece a usté, el Benavente en natillas?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Qué grande! ¡Qué artista me ha salío! ¡Si ha nacío pa ser bohemio!... ¡Si ca vez que le lavaban la cara armaba una perra!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ah! ¿Pero tú piensas que está bien lo que ha hecho?

SEÑOR CUSTODIO. No te enfades; yo creo que ése va a ser la honra de la familia.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Crees tú?

SEÑOR CUSTODIO. Casi tos los genios han tenío que luchar con una tía.

SEÑÁ AGUSTINA. Pues no me volváis a hablar más de semejante mamarracho ni tú ni la chica, porque como me habléis de él os vais a ver también en mitá la calle. *Se va por la derecha.*

UNA CRIADITA. Oiga, ¿tiene usté yemas de San Leandro?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ni quiera Dios! Esta es una confitería laica, jovencita. ¿No se ha fijao usté en que está en la acera de la izquierda?

UNA CRIADITA. ¿Pues qué tiene que sea parecido a esos dulces?

SEÑOR CUSTODIO. Nada; de Iglesia, nada. Ni Pío nonos, ni suspiros de monja, ni rosquillas de Santa Clara. Fabricamos algo de cabello de ángel en honor a Pestaña; pero na más.

UNA CRIADITA. ¿Y dónde encontraría yo las yemas?

SEÑOR CUSTODIO. En cualquier parte. Las yemas las tiene usté ahí. *Uniendo los dedos.*

UNA CRIADITA. ¡Gracias! *Haciendo mutis.* ¡Ay, qué tío! ¡O es un guasón o está loco!

SEÑOR CUSTODIO ¡Maldita sea, hombre! *Paseando.* Yo creí que me se iban a tranquilizar los nervios cuando volviera mi hermana y me se están poniendo peor que los tenía. ¡Qué mala pata! ¡Y es que estoy pisando baldosas negras desde que me levanto. Sí, eso dicen que trae disgusto. *Procura pisar sólo en las blancas.* Pues por mí, se acabaron las broncas.

FELIPE. *Asomando al foro.* ¿Está usté jugando al chito?

SEÑOR CUSTODIO. *Aparte.* ¡Anda! Ahora, éste. Pues sigo pisando negras. *Alto.* ¿Qué buscas tú aquí? ¿No tienes bastante con lo que pasó ayer?

FELIPE. A servidor le atrae el peligro.

SEÑOR CUSTODIO. Vete y no me comprometas.

FELIPE. Cuando me escuchen. Ayer no me dejaron explicarme, y hoy hablo yo porque estoy en turno.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Felipe, que tú no conoces a mi hermana!

FELIPE. Sí, ya sé que es una mujer de... peso.

SEÑOR CUSTODIO. De pesas, que es más grave. Vete y di lo que sea por un continental, que te saldrá más barato.

FELIPE. Señor Custodio, yo tengo muchos deseos de conocer la cárcel. ¡Me ha dao por el turismo.

SEÑOR CUSTODIO. Mira, hijo, empieza por el Museo de Pintura.

FELIPE. Llame usté a su hermana.

SEÑOR CUSTODIO. Bueno, pues allá películas; yo me lavo las manos. *Asomando a la derecha.* Agustina, aquí te aguarda un opositor a la clínica de urgencia.

FELIPE. ¡Ya será menos!

SEÑÁ AGUSTINA. *Por donde se indica.* ¡Hombre, tanto bueno por aquí!

SEÑOR CUSTODIO. *Alejándose por la izquierda, pero procurando pisar con tino.* Blanca, blanca, blanca, blanca...

FELIPE. Señá Agustina, vengo dispuesto a que me escuche. Ayer me echó usté de aquí a empujones, y eso a un hombre como yo...

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Que te eché a empujones? ¿Pero cómo pude yo hacer eso? ¿No estarás confundío?

FELIPE. Señora, de mí no se pitorrea ninguna mujer.

SEÑÁ AGUSTINA. Lo creo, sí, señor; has el favor de sentarte, que me estás resultando un tío simpático. *Se sienta.*

FELIPE. ¿Vamos a hablar en serio?

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Por qué no?

FELIPE. Pues bueno, yo vengo a ofrecerla a usté la paz o la guerra. Usté elija: Araceli está por mí y yo estoy por ella. De na pué servir que usté se ponga entre los dos, porque sea como sea me la llevaré.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Tú ves? Así me gusta a mí que hablen.

FELIPE. *Furioso.* ¡Que estoy hablando en serio, Señá Agustina!

SEÑÁ AGUSTINA. Y yo también, hijo mío. ¿Quies que me ponga un tricornio?

FELIPE. *Desconcertado.* ¡Es que me parece tan raro que no me haya usté tirao con una pesa!...

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Tú te figuras que yo quiero el reenganche? Sigue, hijo, sigue, que hoy me coges de buenas.

FELIPE. Pues ya sabe usté. Que he enviudao, que quiero a la Araceli pa casarme y que debo seguir entrando en esta casa como entraba en otros tiempos.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Na más?

FELIPE. Na más que eso.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Y no te gustaría hablar ahora con ella un ratito?

Felipe. ¿Cómo? *Aparte.* ¿Pero no me está tomando el pelo esta mujer?

Señá Agustina. Vamos, contesta.

Felipe. ¡Qué pregunta!

Señá Agustina. *Asomándose a la derecha.* ¡Araceli! ¡Sal, chica!

Felipe. *Aparte.* ¡Anda, pero si la llama de verdá!

Araceli. *Por la derecha.* ¿Qué quié usté? ¡Felipe!

Señá Agustina. Aquí le tienes. ¡Qué tío te vas a llevar por esposo! ¡Qué ladrón! *A Felipe.* ¿Verdá que la vas a hacer feliz?

Araceli. ¡Tía! ¿Usté me deja?

Señá Agustina. ¿Cómo que si te dejo? Me das un disgusto si no te sacrificas por él.

Araceli. *Aparte, a Felipe.* Oye, ¿pero qué ha pasao?

Felipe. *Idem.* Eso pregunto yo.

Araceli. ¡Si esta mañana me dió dos bofetás porque te nombré!

Felipe. Y a mí ayer me hizo dar de cara con el escaparte. ¿Me habrá tomao miedo?

Aracel. ¡Ni lo sueñes! ¡Como no tema que le rompas el cristal con las narices!

Felipe. ¡Te juro por mi madre que no estoy tranquilo!

Señá Agustina. Bueno, ya os habéis saludao, ¿verdá?

Araceli. Sí, señora.

Señá Agustina. Pues toas las tardes, de seis a ocho, conversación.

Araceli. ¡Ay, tía, qué buena es usté!

Felipe. Voy creyendo que estaba equivocao; usté es una mujer cuerda.

Señá Agustina. No me elogies, que me atas. Ahora, vete, sobrino.

Felipe. Sí, señora. Adiós, Araceli.

ARACELI. Hasta las seis.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Que no faltes! Tomá un bombón.

FELIPE. *Tomándolo, sin salir de su asombro.* ¡Gracias! ¡Adiós!

ARACELI. ¡Adiós!

FELIPE. *Haciendo mutis.* ¡Na! ¡Voy hecho un lío!

SEÑÁ AGUSTINA. *Cuando Felipe no puede oírla.* Ya te lo diré yo. ¡Bandido¡ ¡Sinvergüenza!

ARACELI. Pero ¿qué es esto?

SEÑÁ AGUSTINA. Esto es que, de pillo a pillo, le llevo la ventaja, porque soy mujer y he estao en la cárcel.

ARACELI. ¡Ay, tía, que no la entiendo! ¡O usté se ha vuelto loca o no es tan buena como yo creía! *Rompiendo a llorar.* ¡Juega usté con lo que más me duele!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Qué dices? Bueno, si, ahora ties motivo pa pensar lo que quieras; pero pronto te convencerás de lo contrario.

ARACELI. ¡Felipe es mi vida!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Felipe quié ser tu desgracia, inocente! Ven, siéntate aquí, como si yo fuera tu madre. *La sienta en sus rodillas.*

ARACELI. ¡Mi madre!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Qué? ¿Te hubiera ella defendido de la vida mejor que yo? Pues te equivocas, que era de las que bailaron en Belén, pa que te enteres, que to hay que decirlo. ¡Vamos, seca esos ojos! La comedia que me has visto representar hace un momento no ha sío más que por confiar al enemigo y parar el golpe. ¡Porque estás ciega, Araceli; porque ni ese hombre te ha querido nunca, ni se casó por tener dinero para ti, ni siquiera es verdá que haya enviudao!

ARACELI. ¿Qué dice usté?

SEÑÁ AGUSTINA. Dentro de poco te daré las pruebas.

ARACELI. ¡Dios mío!

SEÑÁ AGUSTINA. Y ahora, toma. Rompe esa cartita, que afortunadamente tropezó en mis manos antes de llegar a las suyas.

ARACELI. ¡Tía, perdón!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Quererse escapar! ¡Cuando yo digo que estás ciega! ¡Pero no tiembles, mujer; si no soy tan fiera como tú crees! Yo te podré dar un guantazo por una mala contestación, reñirte, encerrarte, desesperarme y gritar, ¡y hasta dejar que tu hermano se vaya a Pombo! Pero cuando leo de tu puño y letra una cosa así, no siento coraje, sino pena, y es que yo también soy de la pasta de aquella que bailó en Belén.

ARACELI. ¡Tía!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Equivócate alguna vez, ladrona, y dime madre! ¡Burlarse de ti!...

ARACELI. ¡Si no es posible!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Claro que no! ¡Tú sí que te vas a reír de él cuando esas lágrimas te dejen ver la cara de sinvergüenza que tiene ese Tenorio de verbena!

SEÑOR TOMÁS. *Desde el foro.* ¿Se puede?

SEÑÁ AGUSTINA. Vete abriendo los ojos. ¡Adelante!

SEÑOR TOMÁS. ¡Santas y buenas!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Viene usté de allí?

SEÑOR TOMÁS. ¡No sé si debo!...

SEÑÁ AGUSTINA. Hable usté como si estuviéramos solos.

SEÑOR TOMÁS. Pues vengo de la estación.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Y qué, es viudo el hombre?

SEÑOR TOMÁS. ¡Ni casao!

SEÑÁ AGUSTINA. También lo sabía.

ARACELI. ¡Dios mío! ¿Pero hablan ustedes de Felipe?

SEÑOR TOMÁS. ¡Creo que sí!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Explíqueselo, hombre!

SEÑOR TOMÁS. No me va a creer. ¡Me tié hincha!

Señá Agustina. ¡Si es un rorro!

Señor Tomás. Bueno, allá va. Su tía me honró con el encargo de que me informara en Pinto sobre la viudez de Felipe González, el tallista, y servidor vuelve con noticias frescas.

Señá Agustina. ¡Añejas, porque yo estaba al cabo la calle!

Señor Tomás. Y yo digo que frescas porque to lo que se refiere a ese pollo, constipa. *A Araceli.* ¡Con perdón!

Señá Agustina. ¿En resumen?...

Señor Tomás. Lo que usté sabía ya. La *interfezta,* separá de su marido y propietaria de un puñao de laureanos, conoció en la corte a esa preciosidá de sinvergüenza. *A Araceli.* ¡Perdón otra vez por la fotografía! Se conglomeraron, se fueron a Pinto, y en cuanto el galán dió fin del *gato* cogió el rápido pa los Madriles...

Señá Agustina. Hizo un puchero de viudo *resiznao,* se compró un traje negro en el Aguila y dijo: voy por la otra *víztima.*

Señor Tomás. ¡Testual!

Araceli. ¿Es posible? ¡Miserable!

Señor Tomás. ¡Miserable, no; creo que se gasta el dinero ajeno que da gusto!

Araceli. *Llorando con desconsuelo.* ¡Dios mío, qué engaño, qué vergüenza! *Se dirige a la derecha.*

Señor Tomás. ¡Vamos, chica!

Señá Agustina. ¡Déjela usté que llore! ¡Cuando el fango salpica, vienen bien los mangueros! *Araceli hace mutis llorando.* Siéntese usté, Señor Tomás.

Señor Tomás. ¡Temo ser pesao!

Señá Agustina. ¡No importa, las sillas son fuertes!

Señor Tomás. Pues hago uso de esta licencia pa hablarle a usté...

Señá Agustina. De su chico.

Señor Tomás. Sí, señora. Creo que, cumplido el encargo en Pinto, me ha llegao el turno de ocuparme de lo que tengo en casa.

Señá Agustina. ¡Padrazo! *Riendo.* Desde ayer le estoy conociendo las ganas de hablarme de eso.

Señor Tomás. Sí, pero no ha habido oportunidá.

Señá Agustina. ¡Pues duro!

Señor Noé. *Por la izquierda, con dos cajas de pastas.* ¿De mo que unas pastas son pa la calle San Isidro, quince, y las otras...

Señá Agustina. Conde de Romanones, cuatro. Están pagadas. ¡No vaya usté a meter el remo como otras veces!

Señor Noé. ¡No, señora!

Señá Agustina. ¡Y a ver si está usté aquí en seguida!

Señor Noé. *Con una amabilidad que confunde.* ¡Volando, sí, señora! ¡Si quiere usté que de camino haga cualquier otro encargo!...

Señá Agustina. ¿Qué voy a querer, hombre? ¡No sea usté idiota!

Señor Noé. ¿Cómo?

Señor Tomás. ¡Idiota!

Señor Noé. En seguida estoy aquí. *Haciendo mutis foro.* ¡Cuando mandan con educación da gusto trabajar!

Señá Agustina. ¡Pobre viejo!

Señor Tomás. ¡Pobrecito, qué bien estaría de guarda en la Moncloa! Bueno, pues verá uste; mi chico...

Martínez. *Por el foro.* ¡Yo, cuando doy una palabra, la cumplo, Señá Agustina!

Señá Agustina. ¡Olé los hombres! ¡Ya le echaba yo de menos!

Señor Tomás. *Aparte, furioso.* ¡Y yo!

Martínez. Dije que en cuanto me soltaran, mi primera visita era pa usté, y aquí estoy apenas me han soltao.

SEÑOR TOMÁS. *Aparte, a Señá Agustina.* ¿Quién es éste?

SEÑÁ AGUSTINA. *Idem.* ¡Agárrese usté: el marido de la de Pinto!

SEÑOR TOMÁS. *Idem.* ¡Atiza! ¡Y lo han soltado! *Alto.* ¿Me permite usté que pase a hablar con la Araceli?

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Cómo no? ¡Usté es de casa!

SEÑOR TOMÁS. ¡Pues hasta luego! *Aparte, haciendo mutis derecha.* ¡Yo le hablo a la Araceli del chico o reviento!

MARTÍNEZ. ¡Qué pena, Señá Agustina!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Pena de qué?

MARTÍNEZ. De que no esté usté en la ca Quiñones. ¡Se ha quedao aquello más triste!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Muchas gracias por el cumplido!

MARTÍNEZ. ¡Ay, aquel patio donde usté era el ama!... ¡Ha perdío su encanto! ¡Ni una bofetá se oye en to el día! ¡Vuelva usté por allí!

SEÑÁ AGUSTINA. Siéntese y vamos a hablar, que tengo pa usté una noticia de las goradas.

MARTÍNEZ. Venga de ahí.

SEÑÁ AGUSTINA. No es la hora. Se lo diré a tiempo. Ahora dígame usté si ha tenido noticias de Pinto.

MARTÍNEZ. ¡Señá Agustina! ¿Pa qué me recuerda usté ese puerto de mar?

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Pero hay mar en Pinto?

MARTÍNEZ. Pa mi, sí. Allí me embarcaron en el matrimonio, allí sufrí los primeros mareos y las peores fatigas, y allí naufragué, como usté sabe.

SEÑÁ AGUSTINA. Bueno, pues perdone usté que me haya ido por la costa. Yo me he atrevido a preguntarle porque como para mí no tenía usté secretos en los pocos ratos que podíamos charlar...

Martínez. Y sigo sin tenerlos. Sólo con usté hablo yo de mi desgracia.

Señá Agustina. ¡Que no es chica, tropezarse en la vida con una mujer tan ligera de cascos!

Martínez. ¡Una graná explosiva, Señá Agustina! ¡No le digo a usté más sino que en el viaje de novios ya se timaba con el revisor!

Señá Agustina. ¿Adónde hicieron ustedes el viaje?

Martínez. A Segovia. ¡Me dieron unas ganas de dejarla en La Losa.

Señá Agustina. ¡Lo que no sé es cómo no se quedó usté en Tablada! ¿Conoce usté al héroe que la entretiene?

Martínez. ¿Yo? ¡Ay, si le conociera! ¡Si pudiera yo echarle la vista encima! Dos veces he estao en Pinto, y él en Madrí. Y aquí..., fíjese. ¡Cualquiera da aquí con un Felipe González!

Señá Agustina. ¿Pa qué quié usté perderse?

Martínez. ¡A mí la cárcel no me asusta!

Señá Agustina. Ya lo sé; usté mata a uno y lo llevan a su casa. ¿Tiene usté hoy el día libre?

Martínez. Sí, señora.

Señá Agustina. Pues esté usté aquí esta tarde, a las seis.

Martínez. ¡Qué misterio! ¿Es pa contestarme a la pregunta que le tengo hecha?

Señá Agustina. ¡Quizá!

Martínez. ¡Señá Agustina, sólo usté pué endulzarme la vida!

Señá Agustina. ¡Bueno; a mí endulzar no me cuesta trabajo!

Martínez. ¡Zumbona!

Señá Agustina. Ahora, desaloje, que tengo mucho que hacer.

MARTÍNEZ. ¡Ay, cómo juega usté al *fúlbol* con este órgano izquierdista! *Indica el corazón.*

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Déjese de política y obedezca!

MARTÍNEZ. A las seis estaré aquí como un clavo. ¡Adiós, *fulbolista!*

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Adiós..., portero! ¡Ahora, al obrador, a que sude el Señor Paco los huevos y el azúcar que se ha comido! *Asomándose a la derecha.* ¡Custodio, que se queda solo el despacho!

SEÑOR TOMÁS. *Por dicho lado.* ¿Pero usté sabe cómo está ese hombre?

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Qué pasa?

SEÑOR TOMÁS. ¿Pero usté se ha fijao?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Y dale!

SEÑOR TOMÁS. A ese hombre le faltan cincuenta metros pa entrar en Leganés. ¡Mire usté cómo me ha puesto las hombreras de la americana, porque se ha empeñao en que no están a la misma altura! *Las muestra descosidas.*

SEÑÁ AGUSTINA. Bueno, ¿y qué?

SEÑOR TOMÁS. Que eso se llama *nurastenia;* que así empezó un camarero de los Italianos que yo conocía, y acabó diciendo que él era Mussolini.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Pues no faltaba más que eso!

SEÑOR TOMÁS. Yo creo que le ha preocupado mucho lo que ha hecho el chico. *Señor Custodio sale por la derecha con aire preocupado, se queda mirando las sillas que están al lado de los veladores, y reparando que a uno de éstos hay arrimada una silla más que a los otros la retira, uniéndola a las del velador inmediato; pero cae en la cuenta de que allí también sobra, y cogiéndola hace mutis por donde salió.*

SEÑOR TOMÁS. *Que con Señá Agustina ha estado observándole.* ¿Está usté viendo?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Sí que le ha dao por la igualdá! Hoy mismo llamo al médico.

SEÑOR TOMÁS. Pa estos males no hay más que *distracción.* ¡Déjele usté por mi cuenta! *A Señor Custodio, que salió por donde se fué.* Señor Custodio, acompáñeme a mi casa, que voy a darle un recao al chico.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Pa qué?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Anda, anda; ve pa que te distraigas!

SEÑOR CUSTODIO. *Mirando con resentimiento a su hermana.* ¡Pronto voy a tener pa distraerme!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Cómo?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Que no quiero estar a expensas tuyas; que me voy a colocar, aunque sea de camarero!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ay, Dios mío, que va camino de Mussolini!

SEÑOR TOMÁS. No haga usté caso. Verá como le traigo hecho otro hombre. *A Señor Custodio.* ¡Vamos! *Señor Custodio hace un gesto de resignación y se dirige al foro, pisando con las precauciones de costumbre.* ¿Pero qué manera más ridícula tiene usté de andar?

SEÑOR CUSTODIO. *A Señá Agustina.* ¿Hasta qué hora me das permiso?

SEÑÁ AGUSTINA. Hasta fin de mes no te preocupes.

SEÑOR CUSTODIO. *Volviendo sobre sus pasos.* ¡Perdona! *A Señá Agustina le asoma de uno de los bolsillos del delantal un pañuelo blanco. Señor Custodio saca su pañuelo y se lo coloca a su hermana en el otro bolsillo, haciendo pandán. Luego, desaparece por el foro, seguido de Señor Tomás, que mueve la cabeza manifestando su pesimismo.*

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Atiza! ¡Pues está peor de lo que yo pensaba!

ARACELI. *Por la derecha.* ¿Adónde va mi padre?

SEÑÁ AGUSTINA. A distraerse. Dios quiera que no en-

cuentre un guardia sin la pareja, porque va a pasar un mal rato! *Observándola.* ¿A ver esos ojos?

ARACELI. ¡Bien!

SEÑÁ AGUSTINA. Ni una lagrimita más, ¿oyes? Se llora cuando se sufre una desgracia; tú estás en el caso contrario.

ARACELI. ¡No hablemos más de eso, tía; yo se lo pido!

ALFREDO. *Por el foro.* ¡Buenas tardes!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ven con Dios, hombre; perdona que no te atienda! *Con intención.* Mi chica te despachará. *Se va por la izquierda.*

ALFREDO. ¿Qué quería usté, Araceli?

ARACELI. ¿Yo?

ALFREDO. ¿No me ha mandao usté a decir con mi padre que venga?

ARACELI. ¿Yo?

ALFREDO. *Remedándola.* ¿Yo? ¡Claro que usté! ¿O es que me puedo confundir de nombre? Acabo de encontrármelo y me ha dicho...

ARACELI. Después de todo es pa reírse.

ALFREDO. ¿De qué?

ARACELI. Del humor que tiene su padre.

ALFREDO. *Con pena.* ¡Me ha engañao! ¡Ya me extrañaba a mí! Usté perdone, no siempre los hijos hacemos las tonterías; hay veces en que también los padres tienen cosas de chiquillos. *Dirigiéndose al foro.* ¡Usté perdone, Araceli!

ARACELI. ¡Espere, hombre! ¡Qué prisa! Una cosa es que no le haya llamao y otra que me estorbe usté.

ALFREDO. Es que yo...

ARACELI. Sí, usté se ha puesto conmigo en plan de médico. Viene si se le llama, y... visitas cortas. Vuelvo a decirle que es usté muy orgulloso.

ALFREDO. En cuestiones de cariño, sí; ni doy ni admito limosnas.

ARACELI. No, mire, si se va a quedar para hablarme de cariño, no se quede.

ALFREDO. ¿Pues de qué quiere usté que le hable?

ARACELI. Menos de lo que usté quiere, de cualquier cosa. No tengo el espíritu pa oír tonterías.

ALFREDO. ¡Ah, bueno; pues por mí!...

ARACELI. Siéntese usté.

ALFREDO. *Obedeciéndola.* ¡Gracias! *Pausa breve.* ¿Y qué tal, qué tal el negocio?

ARACELI. ¿Qué negocio?

ALFREDO. ¡El de los dulces!

ARACELI. ¡Eso, a mi tía!

ALFREDO. ¡Bueno!

ARACELI. *Pausa.* ¡Tiene usté un padre muy simpático!

ALFREDO. ¡Eso, a mi padre!

ARACELI. ¡Jesús! ¡No sabe usté seguir una conversación!

ALFREDO. No se empeñe usté; conversaciones así son propias de su tía y de mi padre; nosotros, sólo podemos hablar de cariño.

ARACELI. Pues entonces no le quiero entretener.

ALFREDO. ¡Araceli, me hace usté mucho daño!

ARACELI. ¡Yo!... Pero venga usté acá, criatura, porque con todo ese aspecto de hombre grave no es usté más que un chico.

ALFREDO. Lo que usté quiera.

ARACELI. ¿Cree usté que se puede hablar de amores con una mujer que ha estao a dos dedos de ser juguete de la mala fe de un...; ponga usté ahí la palabra que quiera.

ALFREDO. ¡Canalla! ¿Será mucho?

ARACELI. Ponga usté dos metros más.

ALFREDO. ¡Conforme!

ARACELI. No es ocasión, Alfredo, créame usté, no es ocasión de hablar de eso.

ALFREDO. ¿Y más adelante?

ARACELI. ¿Qué sé yo? ¡Usté es buen hombre, trabajador, simpático!...

ALFREDO. ¡Ya, ya se vé que tiene usté la calabaza en dulce!

ARACELI. ¡No lo tome así! *Viéndole meditar.* ¿En qué piensa?

ALFREDO. En que yo he equivocao con usté el camino.

ARACELI. ¡No le entiendo!

ALFREDO. Yo soy quien no ha sabido entenderla. Usté, como mi padre, me tiene por un niño, un ser sin voluntá, a quien no se puede tomar en serio. ¡Ya, ya caigo en la cuenta, Araceli! Yo he querido ganar su cariño en plan humilde, y usté no da por súplica, sino por exigencia.

ARACELI. ¿Yo?

ALFREDO. ¡Usté! ¡Tú, tú, ladrona!

ARACELI. ¡Jesús!

ALFREDO. *Excitándose a medida que habla.* ¡Contigo hay que dominar, hay que imponerse! ¡Hay que mirarte así, muy cerca, a los ojos, y cogerte así!...

ARACELI. ¡Suelte!

ALFREDO. ¡Y decirte con voz muy clara, para que te enteres bien: te quiero y te quiero, y me has de querer porque a mí me da la gana de que me quieras!

ARACELI. *Enérgica.* ¡Y a mí, no!

ALFREDO. *Más enérgicamente aún.* ¡Y a mí, sí!

ARACELI. ¡Alfredo!

ALFREDO. ¿Lo ves, lo ves? ¡Ya dices mi nombre!

ARACELI. ¡Quite!

ALFREDO. ¡Porque eres de las que guardan el cariño tan

hondo que hay que sacártelo a puñaos, apretándote así entre los brazos! ¡Así!

ARACELI. ¡Suelte!

ALFREDO. ¡Y desafiar tu orgullo, y tu rabia, y...!

ARACELI. ¡Cobarde!

ALFREDO. ¡Y ahogar tus gritos con besos, aunque me llames cobarde...! *La besa y se aparta de ella, asustado de lo que ha hecho. Araceli se deja caer sobre una silla, contempla con indignación a Alfredo y rompe a llorar. Alfredo se aproxima a ella, tras breve pausa.* Si no me quieres perdonar, no me perdones. No estoy arrepentido: volvería a empezar otra vez. *Ella le mira furiosa.* ¡Sí, mírame con odio! ¡Eso no me avergüenza! ¡Aborrecimiento o cariño; pero lástima, no!

ARACELI. ¡Está usté loco!

ALFREDO. ¡Ya me disculpas!

ARACELI. ¡Vete!

ALFREDO. ¡Ya me tuteas!

ARACELI. ¡Empiezo a odiarle!

ALFREDO. *Haciendo mutis foro.* ¡Ya empiezas a quererme!

ARACELI. Pero ¿cómo he aguantado yo esto? ¿Cómo le he sufrido sin tirarle algo a la cabeza, sin gritar, por lo menos?

PIPO. *Asomando con precaución al fondo. Trae chalina y sombrero bohemio de grandes alas.* Araceli, ¿anda por ahí la tía?

ARACELI. Está abajo; pero no te confíes.

PIPO. *Entrando.* ¡Mientras esté libre la puerta!...

ARACELI. ¡Qué locura has hecho, Pipo!

PIPO. ¿Locura? Un hombre que lleva algo dentro no debe resignarse a la esclavitud.

ARACELI. Pero ¿quién te ha dao esas prendas tan ridículas?

PIPO. Me las ha prestao Samuel, un músico ruso que es un genio. ¡El inventor de los sombreros paracaídas!

ARACELI. ¡Pues con sombrero y todo me parece que te vas a caer como la tía te vea!

PIPO. Bueno, abreviemos; he venido para que le digas a padre que no me falta de nada, que esté tranquilo, que pertenezco a la reunión de los diez.

ARACELI. ¿Qué es eso?

PIPO. Pues los diez. ¡Si se nombra mucho! ¡Si tú lo habrás oído!

ARACELI. ¡Ah, sí! ¡Los diez! ¡Ya caigo! ¡Anda, vete!

PIPO. Apenas les he leído unos capiteles a la reunión me han hecho redactor-jefe de *La Cañamaciza,* órgano anual de vanguardia, que sale todos los primeros de mayo. ¡Llevo la gran carrera, Araceli! *Bajando la voz.* ¿Tienes ahí, en el cajón, una pesetilla que no se note?

ARACELI. ¡No, Pipo! ¡No me comprometas!

PIPO. ¡Si te la devuelvo mañana! Es que esta noche no sé dónde voy a dormir. Yo me quedaría en la caña: pero no tengo todavía confianza... y

ARACELI. ¿Por qué no te arrepientes? ¿Por qué no le pides perdón a la tía y vuelves a casa?

PIPO. ¡Tampoco tú me comprendes! ¡Dame la pesetilla, anda! ¡Ya te digo que llevo la gran carrera!

ARACELI. Vuelve después. Ahora es peligroso. *Sintiendo los pasos de Señá Agustina, que se aproxima.* ¡La tía!

PIPO. ¡Pero que la gran carrera! *Escapa por el foro, corriendo.*

SEÑÁ AGUSTINA. *Por donde hizo mutis.* Ya he dejao listo lo del Señor Paco.

ARACELI. ¿Lo ha despedido usté?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Qué primada! ¿Cómo le cobraba entonces lo que en mi ausencia se ha llevao debajo del de-

lantal la socia que lo atiende? Le he hecho que me firme este papel, en el que consta que le he anticipao dos meses de jornal. ¿Comprendido? Me trabaja dos meses gratis, y luego le pongo en el tejao del Metro. A mí, filtraciones, no. *Mostrándole el papel.* Véase el documento.

ARACELI. ¿Y cómo lo ha firmao?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Anda! Porque yo, con una mano le ofrecía la pluma y con la otra un anuncio de Toledo de cuarta y media.

ARACELI. ¡Tía!

SEÑÁ AGUSTINA. Hija, ¿qué quieres? A mí me da mucho miedo la cárcel; pero desde que me he enterao que allí también se come he perdío el reparo.

SEÑOR TOMÁS. *Por el foro con Señor Custodio, que viene más triste que nunca, a pesar de que cubre su cabeza con un gorro verbenero de papel y empuña en la diestra un pito de caña.* ¡Ea, ya está usté en su casa, hombre! ¡Anímese!

SEÑÁ AGUSTINA. Oye, ¿pero has vuelto a la infancia?

SEÑOR TOMÁS. ¡Calle usté, que me ha armao una perra en plena verbe, de las de aglomeración!

ARACELI. *Quitándole el gorro y el pito.* ¡Traiga acá, padre, que no está usté en edá!

SEÑOR TOMÁS. Le he convidao a churros, le he hecho que se retrate de aviador y le he montao en el tíovivo. ¡Y allí ha sío ella! ¡Cuando las vueltas eran más rápidas se me ha querido tirar fuera del carrusel, Señá Agustina! ¡Me se ha querido tirar porque le tocó un cerdo con una oreja menos! Acabó arrancándole la otra oreja pa que estuviera igual.

ARACELI. ¿Por qué hace usté esas cosas, padre?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Soy socialista!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Pero hombre, eso de querer que la igualdá empiece por las orejas!...

SEÑOR TOMÁS. A éste no le quita la neurasteria ni con fuegos artificiales, créame usté a mí.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Que no? ¡Ya verá usté si yo le curo!

ARACELI. Pero vamos a ver, padre, ¿usté qué es lo que siente?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Que viva tu tía!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Eh!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Que viva tu tía aperreá, que tú tengas un novio sinvergüenza, que aquí tenga un hijo atontao, que yo tenga otro literario y que me hagan comer churros sin gana y luego me agiten en un cerdo!

SEÑOR TOMÁS. *A Señá Agustina.* ¿Pero ve usté?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡No te preocupes, hombre, que to se arreglará!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Lo de los churros, no, porque los tengo mu enredaos!

SEÑOR TOMÁS. *Aparte a Araceli.* ¿Ha estao aquí mi chico?

ARACELI. ¡Sí, señor!

SEÑOR TOMÁS. ¿Y qué?

ARACELI. ¿Cómo y qué?

SEÑOR TOMÁS. ¿En qué habéis quedao?

ARACELI. ¿Quié usté que se lo diga?

SEÑOR TOMÁS. ¡Te lo suplico!

ARACELI. Pues hemos quedao en que es usté un embustero.

SEÑOR TOMÁS. ¡Hombre, eso!... Eso que no salga de nosotros. *Aparte.* ¡Señores, qué modo de señalar va a tener esta nuera! *Alto.* ¡Bueno, si hago falta pa algo, en mi casa estoy!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Agradecida, Señor Tomás! ¡Ah! ¡Oiga! Haga usté el favor de decirle a su chico que si

quiere presenciar algo que le interesa que esté aquí a las seis.

Señor Tomás. ¡Se le dirá!

Señor Custodio. ¡Y muchas gracias por los churros; que le debo a usté...

Señor Tomás. *Haciendo mutis.* ¡Nada, hombre!

Señor Custodio. ¡Que le debo a usté un cólico!

Araceli. ¿Qué es eso de las seis, tía?

Seña Agustina. ¡Nada! Vamos a la faena! *Al Señor Custodio.* ¡Ahí te quedas, tú! ¡Ojo, no sea que con la neurastenia te dejes comer los pasteles de balde! *Mutis con Araceli por la derecha.*

Señor Custodio. ¿Estamos solos, Custodio? *Tras cerciorarse.* Pues vamos a hablar como a mí me gusta.—Te escucho.—¿Pa qué quiés tú vivir?—¿Le haces tú falta a la chica?—Menos que un lazo pa la trenza.—¿Y al chico?—Tampoco. Menudo *celebro.* Ese se abre camino hasta por la calle de Hortaleza con el piso levantao.—Queda tu hermana.—A esa, la estorbas.—Pues entonces, ¿qué haces en este mundo? ¿Qué pintas tú en esta cochina confitería, donde si bien te rozas con la crema, también es verdá que te tienes que tratar con los borrachos? Custodio, las personas decentes no debemos estorbar, a menos que lleguemos a ministros. Sigue mi consejo cariñoso y molesta al forense.—¿Que no tienes armas?—No importa. Ya has leído que un preso, en Chicago, se suicidó aguantando el resuello. To es cuestión de voluntá.—¡Vamos a verlo, Custodio! ¡Como en Chicago! *Aspira fuertemente y se sienta, dispuesto a salirse con la suya.*

Seña Salud. *Por el foro, riendo.* ¿Pero es verdá lo que me dice el Señor Tomás, el ebanista? ¿Es verdá que se está usté poniendo mochales? *Aproximándose a él.* ¡Mi madre, qué sofocao! ¡Ande, bromista! *Le empuja. y Se-*

ñor Custodio se desinfla. ¡Oiga, Señor Custodio, a mí con soplos, no, que no soy la poli! ¿A qué estaba usté jugando?

SEÑOR CUSTODIO. Estaba ensayándome pa apagar infiernillos inflamaos. ¡Uno tiene sus aspiraciones!

SEÑÁ SALUD. ¡Bueno, que usté se alivie! Voy a llevarle el tabaco a mi hombre, que este medio día me se olvidó traérselo.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Un momento, Señá Salú! ¡Quítese, por favor, ese lunar de la mejilla o póngase otro haciendo juego! ¡Usté no pué imaginarse lo que sufro con esa desigualdá!

SEÑÁ SALUD. ¡Ah! ¿Pero es verdá que está usté un poco torcío del casco?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Eso se lo pregunta a un guardia!

SEÑÁ SALUD. ¡No, en serio! ¿Qué me han dicho que tié usté?

SEÑOR CUSTODIO. ¡*Nurastenia* aguda!

SEÑÁ SALUD. ¿Y por qué no se opera?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Porque estoy esperando que acabe usté de darme el cloroformo! *Se le van las manos.*

SEÑÁ SALUD. ¡Quieto!

SEÑOR CUSTODIO. Es usté la única persona que me anima, Señá Salú. ¡Hágame usté un guiño con el izquierdo y soy hombre curao!

SEÑÁ SALUD. ¡Si yo le guiño a usté el izquierdo, ése que está ahí abajo me cierra el derecho por inflamación! ¡No siga usté por ese camino!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Dita sea mi estrella! Esto pasa porque no soy *acionista* del Banco.

SEÑÁ SALUD. ¿Yo interesá?

SEÑOR CUSTODIO. No me negará usté que a las personas se las quiere por las *aciones.*

SEÑÁ SALUD. Lo primero que debía usté tener en

cuenta es que ya no está pa meterse en amoríos. ¡Usté está pa tranquilidad, sopa y tranvía!

SEÑOR CUSTODIO. ¿Yo?... ¡Perdone un instante! *Se asoma a la izquierda y vuelve.*

SEÑÁ SALUD. ¿Qué ocurre?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Na, que creí que me llamaban allá abajo! ¡Vea usté si todavía hay aquí fuerzas! *La abraza.*

SEÑÁ SALUD. *Apartándole.* ¡Eh, cuidao!

SEÑOR CUSTODIO. ¡No, si no tiene malicia! ¡Si es pa probar!

SEÑÁ SALUD. Pues pruebe con una almohada, ¡nos ha fastidiao!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Vea, vea si hay agilidá! *Vuelve a abrazarla.*

SEÑÁ SALUD. ¡Señor Custodio, que sacudo!

SEÑÁ AGUSTINA. *Por la derecha.* ¡Oye, tú! ¿Pero también eso es de la neurastenia?

SEÑOR CUSTODIO. *Aparte.* ¡Qué oportuna, hombre, cuando empezaba a entrenarme!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Que tú eres un hombre serio!

SEÑÁ SALUD. ¡Ah! ¿Pero usté cree que abraza en broma? ¡A éste le pone usté a despedir gente pa América y queda muy bien!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Venía usté a algo importante, Señá Salú?

SEÑÁ SALUD. A traerle a mi hombre el tabaco, que ya estará notando la falta.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡No lo creo! *Con intención.* ¡Yo le dejé echando humo!

SEÑÁ SALUD. ¡Ah, sí! Pues voy a ver qué pasa. ¡Hasta ahorita! *Mutis izquierda.*

ALFREDO. *Por el foro.* Mi padre me ha dicho que me esperaba usté; pero si no es verdá me marcho.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Sí, hombre; es que quiero que seas testigo presencial de algo que te interesa!

ALFREDO. ¿Es cosa de la Araceli?

SEÑOR CUSTODIO. *Aparte.* ¡Qué olfato tenemos los enamoraos!

SEÑÁ AGUSTINA. Siéntate en esa mesa y charla con tu futuro suegro...

SEÑOR CUSTODIO. ¿Cómo?

SEÑÁ AGUSTINA. Con tu futuro suegro, y luego oyes, ves y, si lo crees oportuno, hablas.

ALFREDO. ¡Usté es mi madre!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Tu tía! ¡No puo ser más! *Al oído.* Hoy te dejo yo arreglao lo de la Araceli o pierdo el nombre que tengo.

ALFREDO. *Abrazándola y queriéndola levantar del suelo.* ¡Bendita sea la mujer más buena de Madrí!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡No hagas fuerzas, que no quiero tener yernos quebraos!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Si pues con ella te regalo un cinturón! ¡Yo no la he cogío en brazos más que una vez, y eso porque estaba en pañales!

ALFREDO. ¡Los dos son ustés muy buenos! ¡A los dos les voy a levantar una estatua!

SEÑOR CUSTODIO. ¡La mía, a caballo, que me canso de pie!

SEÑÁ AGUSTINA. *Que mira hacia la calle.* A vuestro sitio, que aquí viene el reo. *Señor Custodio y Alfredo se sientan a un velador de la derecha.*

FELIPE. *Por el foro.* ¡Usté me dispensará que me haya adelantao unas miajas, tía!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Uy, tía! ¡Qué insultador! *Señá Agustina dirige a su hermano una mirada terrible.*

FELIPE. ¡No le había visto, Señor Custodio! ¡Buenas tardes!

Señor Custodio. ¡Buenas tardes, con permiso de mi hermana!

Felipe. *Aparte, a Señá Agustina.* ¿Me puedo permitir preguntarle qué pinta aquí el hijo del Señor Tomás?

Señá Agustina. Ni pinta ni despinta. Que se ha hecho amigote de mi hermano. ¡No tié importancia! ¡Siéntate! *Le invita a sentarse lo más lejos posible de los otros personajes.*

Felipe. ¿Va usté a llamar a la Araceli?

Señá Agustina. ¡Como te has anticipao un poco la has cogido en la faena; pero no tardará! Mientras, charlaremos tú y yo un poco. ¿Te parece? ¿O es que no te gusta charlar conmigo?

Felipe. ¡A mí hablar con usté me engorda!

Señá Agustina. ¡Pues te vas a hinchar! *Echa una mirada impaciente a la calle.*

Alfredo. Me está dando en la nariz lo que prepara la Señá Agustina.

Señor Custodio. Pues aciertas. Mira cómo estoy de temblón. ¿Tú crees que a mí se me puen curar los nervios con la política de derecha y de izquierda que se trae mi hermana?

Alfredo. ¡Sí, eso pa la neurastenia!

Señor Custodio. ¡Yo acabo de hombre mosca, acuérdate de lo que te digo!

Señá Agustina. *A Felipe.* ¿De modo que sólo hace tres meses que enviudaste?

Felipe.—Na más.

Señá Agustina. ¡Sí que te se ha pasao pronto el dolor!

Felipe. ¡Ya sabe usté, la quería poco! Me casé con ella por...

Señá Agustina. Sí, por enviudar. Eres un hombre de negocios.

FELIPE. Señá Agustina, me está pareciendo que se trae usté conmigo su mijita de choteo.

SEÑÁ AGUSTINA. *Aparte, mirando el reloj.* ¡Las seis! *Alto.* ¿Y hasta ahora no lo has notao? ¡Pues eres más bruto de lo que yo creía!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ya empezó el baile!

FELIPE. *Levantándose sorprendido.* ¿Cómo?

SEÑÁ AGUSTINA. Que tú no te burlas de la Araceli porque a mí no me da la gana; que el hombre que se viste de negro pa dar un timo de esta clase ni tié vergüenza, ni es hombre, ni ha pagao la ropa; ¡que te he visto el juego, y que como te descuides te voy a poner las narices con más brillo que una pechera de *esmoquin!*

FELIPE. ¿Pero está usté oyendo, Señor Custodio?

SEÑOR CUSTODIO. Yo soy *espeztador* y sordomudo.

FELIPE. ¡Maldita sea! ¡Esto es una encerrona! ¡Si no me extraña! ¿Qué se pué esperar de una mujer que ha estao en la cárcel?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Anda! ¡Pero si a ti no te han llevao a presidio por no ensuciar el local!

FELIPE. ¡Si no fuera usté una mujer!... *Hace intención de acometerla.*

ALFREDO. ¡Cuidao, que no está sola!

SEÑÁ AGUSTINA. *Cogiendo una pesa de sobre el mostrador.* ¡No, si a mí se me pué dejar sola!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Por Dios, Agustina, deja las pesas, que se disparan con rozarlas!

FELIPE. Pues tos estos trabajos se los han tomao ustés en balde, porque la Araceli será pa mí, quieran o no.

SEÑÁ AGUSTINA. *Llamando a Araceli.* ¡Chica!

ARACELI. *Por la derecha.* ¿Qué pasa?

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Tú no tenías que decirle algo aquí, a Felipe?

Araceli. Yo, no, señora. Pa mí acabo pa siempre. No tengo que decirle na.

Alfredo. ¡Gracias, Araceli! ¡Así se contesta!

Felipe. ¿También tú? ¡Pues yo te juro que serás mía o no serás de nadie!

Señá Agustina. ¡Calla, rico! ¡Si te vas a casar conmigo! *Viendo que Felipe se dirige al foro.* ¡Espera, que te guardo la sorpresa mayor!

Felipe. ¿Cuála?

Señá Agustina. *Viendo entrar por el foro a Martínez.* ¡Esta!

Felipe. *Aparte.* ¡Este debe ser!...

Martínez. ¡Buenas tardes!

Señor Custodio. ¡Pero que acabo subiéndome por la pared de la telefónica!

Martínez. *Aparte.* ¡Pa decirme que sí me parece que hay mucha gente!

Señá Agustina. Amigo Martínez, voy a presentarle a usté a una persona de la mayor consideración y respeto.

Araceli. *Adelantándose, sin poderlo remediar.* ¡No, tía! ¡Eso, no!

Señá Agustina. ¿Qué dices?

Araceli. Muy bien que hayamos terminao, muy bien que le eche usté de esta casa; pero eso, no. *A Felipe* ¡Vete!

Felipe. ¡Ahora, no me voy!

Araceli. ¡Yo te lo mando, te lo pido, te lo suplico!

Señá Agustina. ¿Pero es posible?

Alfredo. ¡Ya lo ve usté! ¡Quien habla así es porque olvida y perdona!

Señor Custodio. ¡La chica tiene razón!

Señá Agustina. ¡Calla! ¡Aquí no tiene razón nadie más que yo, y si te mezclas en esto...!

Señor Custodio. ¡La chica no tiene razón!...

MARTÍNEZ. *Que mira a todos con asombro.* ¡Bueno! ¿Pero se pué saber qué pasa?

ALFREDO. ¿Es que no se da usté cuenta?

MARTÍNEZ. ¡Hombre, a mí esto me está haciendo el efecto de que he entrao en un cine al final de una película!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Pues lo malo es que aquí no hay descanso!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ea, basta de miramientos!

ARACELI. ¡Tía!...

SEÑÁ AGUSTINA. Martínez, este que tiene usté aquí delante es Felipe González, el tallista. ¡Na más!

MARTÍNEZ. ¿Cómo? ¿Usté es el que...?

FELIPE. *Dispuesto a defenderse.* ¡Sí, señor; yo soy!

MARTÍNEZ. ¡Venga esa mano, hombre! ¡Menudo loro me ha quitao usté de encima! ¡Digo, la tranquilidaz que tengo yo ahora! *Abrazándole.* ¡Usté es mi mejor amigo! ¡Usté es mi padre!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Pero tú ves esto, Custodio?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Yo no veo nada! ¡Yo soy *nurasténico!*

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Dónde tengo yo el garrote? *Se agacha a buscarlo debajo del mostrador.*

PIPO. *Abriendo la puerta del fondo y asomando medio cuerpo.* Araceli, ¿está la fiera?

SEÑÁ AGUSTINA. *Incorporándose.* ¿Eh?

PIPO. ¡Mi madre! ¡Mi tía! *Desaparece.*

SEÑÁ AGUSTINA. *Lanzándose al foro con un bastón en la mano.* ¡Espérate, rico, que estoy de viaje!

TELON

ACTO TERCERO

Obrador de la confitería, lugar de acción de los actos anteriores; esta dependencia está instalada a continuación del despacho y recibe la luz de la calle por una ventana que hay al fondo; esta ventana es igual de tamaño a la que sirvió para hacer el escaparate. A la derecha, hueco de puerta que da acceso al despacho. A la izquierda, horno metálico, puerta y batidora. Al fondo, mesa de madera sin pintar, sobre la que se ven rodillos, moldes, bandejas, etc. Suelo de baldosas blancas y negras como en el despacho. Detalles a juicio del director de escena.

Sr. Paco afina con un rodillo una pella de masa en la mesa del fondo. Tiene colocados en los oídos los auriculares de un pequeño aparato de radio. Se supone que está oyendo un bailable, porque lleva en su trabajo el compás de la música y a veces se le van los pies y el rodillo. Sr. Noé da vueltas a la manivela de la batidora.

SEÑOR NOÉ. ¡Señor Paco!...

SEÑOR PACO. *Canturreando.* ¡Larán, larán!...

SEÑOR NOÉ. ¡Señor Paco!...

SEÑOR PACO. ¡Larán, larán!...

SEÑOR NOÉ. ¡Señor Paco!... *Le tira a los pies una bandeja que tiene próxima.*

SEÑOR PACO. ¿Qué pasa, hombre?

SEÑOR NOÉ. ¡Que salga usté del concierto un *istante* y me diga si está esto bien batido!

SEÑOR PACO.—¿Cómo?

SEÑOR NOÉ. ¡Na! ¡Ya le escribiré! ¡Nos ha fastidiao!

SEÑOR PACO. *Quitándose los auriculares.* ¡Dispense, hombre, que no me daba cuenta! ¿Que si está eso listo, no? *Mirando dentro de la batidora.* Le queda a usté un rato.

SEÑOR NOÉ. Pues me parece que va a seguir dándole Rita. Yo he venío aquí pa los recaos, no pa dar vueltas.

SEÑOR PACO. ¡Eso, a la capataza!

SEÑOR NOÉ. ¡Eso, a la capataza y al lucero el alba se lo digo yo! ¡A ver si se ha figurao que voy a ser tan infeliz como usté, que lleva trabajando de balde más de dos semanas!

SEÑOR PACO. ¡Que se cree usté eso!

SEÑOR NOÉ. ¡Como que no estoy yo enterao del recibito que le hizo firmar la Señá Agustina!

SEÑOR PACO. Pero vamos a ver, ¿tengo yo cara de idiota?

SEÑOR NOÉ. ¡Hombre, preguntao así tan de repente!. .

SEÑOR PACO. La Señá Agustina me hizo firmar ese recibo; pero luego, comprendiendo que la combina le iba a salir cara, por los dulces que se le iban a quemar, ¿usté me entiende?

SEÑOR NOÉ. ¡Entendido!

SEÑOR PACO. Pues hace como que no se entera, y el Señor Custodio me sacude a fin de semana el jornal, con el aliciente de que me han subido una peseta. ¿Qué tal?

SEÑOR NOÉ. Si es así, la Señá Agustina no es tan fiera como la pintan.

SEÑOR PACO. ¡Natural! Que la conviene sostener el crédito de las uñas; pero en el fondo, una bizcochá.

SEÑOR NOÉ. ¡Vamos! ¡Y he estao yo teniéndola miedo!...

SEÑÁ AGUSTINA. *Por la derecha.* ¿Es la hora del té?

Señor Paco, tras ponerse los auriculares con ligereza, continúa con su labor. Señor Noé sigue dándole de mala gana a la batidora. Lo digo porque si hoy no se trabaja más que medio día y lo echamos en tertulia, servidora quita este negocio y pone un tupi. ¡Pero dele usté con más salsa a la batidora, que no se rompe! ¡Anda, que si fuera usté organillero no iban a salirle más que habaneras!

SEÑOR NOÉ. *Cesando en la faena.* ¿Sabe usté lo que la digo? Que o me señala usté un jornalito decente o no trabajo más.

SEÑOR PACO. *Como si se refiriese a la radio.* ¡Olé! ¡Vaya una orquesta!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ah, sí! Pues suba usté pa que le liquide mi hermano.

SEÑOR NOÉ. ¿Cómo?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Que suba usté!

SEÑOR NOÉ. Es que yo creo que...

SEÑÁ AGUSTINA. Dígale a mi hermano que le liquide.

SEÑOR NOÉ. ¿Y qué me tié que dar?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Un empujón! *Obligándole a salir por la derecha.* ¡Vamos! ¡Pronto! ¡Vivo!

SEÑOR NOÉ. *Aparte, haciendo mutis.* ¡Mi madre con la bizcochá!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Y ojo con indisponerme a la gente, Señor Paco, que si ahora no cobra usté su trabajo es porque ya se lo cobró por anticipao!

SEÑOR PACO. *Tarareando, como si no se enterara.* ¡Larán, larán, larán!

SEÑÁ AGUSTINA. *Cogiendo la cajita de la radio y hablándole por ella.* ¡Amable radioescucha; si da usté lugar a que tenga otra vez motivo de queja, le voy a poner las narices que se le va a asustar la boca! E.-J.-7. Unión Radio. *Suelta la caja.*

SEÑOR PACO. ¡Señá Agustina!

SEÑÁ AGUSTINA. Siga afinando.

SEÑOR PACO. Es que...

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Silencio en las masas! *Marchando por la izquierda.* ¡Vamos, hombre; a mí, radio, tomaduritas!

SEÑOR TOMÁS. *Por la derecha.* ¡Salud! *Al ver que el Señor Paco no contesta por tener los auriculares puestos.* ¡Salud y onda! *Avanza con grandes precauciones para no pisar raya.* Pero ¿no está aquí la Señá Agustina?

SEÑÁ AGUSTINA. *Por donde se fué.* Aquí hay un pedazo, Señor Tomás.

SEÑOR TOMÁS. Tengo pero que mucha precisión de hablar con usté.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Qué es eso? ¿También anda usté a lo Charló? Se conoce que lo que tuvo mi hermano está de moda.

SEÑOR TOMÁS. ¡No, señora! ¡A ver si cree usté que yo!... ¡A mí lo de pisar en las losas negras me trae sin cuidao; eso es una idiotez!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Naturalmente!

SEÑOR TOMÁS. Lo que trae mala pata es pisar raya.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ah, vamos!

SEÑOR TOMÁS. Yo antes no me fijaba en eso, y así me iban las cosas.

SEÑÁ AGUSTINA. *Riendo.* ¡Hay que ver!

SEÑOR TOMÁS. ¿Qué pasa?

SEÑÁ AGUSTINA. Que ya sé cómo se ha curao mi hermano.

SEÑOR TOMÁS. ¿Cómo?

SEÑÁ AGUSTINA. Por traspaso.

SEÑOR TOMÁS. No, señora; se ha curao porque un servidor es un *oservador pisológico* del espíritu, y le he hecho comprender, a fuerza de machacar, que en la vida to es alegre, que no hay na que merezca la pena de tomarse

en serio, y que pa ser feliz basta con que uno se lo crea y se diga a ca momento: ¡Soy feliz!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Señores, qué profundidaz? ¿Dónde ha aprendío usté tanto?

SEÑOR TOMÁS. Que ha leído uno unas miajas. Yo me sé de memoria a Rubistein.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ya, ya! Bueno, ¿y el chico?

SEÑOR TOMÁS. De él vengo a hablarle.

SEÑÁ AGUSTINA. Lo suponía; usté no sabe hablar de otra cosa.

SEÑOR TOMÁS. ¡Señá Agustina, soy padre!

SEÑÁ AGUSTINA. Usté es padre y ama seca. Continúe.

SEÑOR TOMÁS. Pues na, que vengo por usté. Que es preciso que me acompañe a casa y convenza al chico de que la Araceli no se acuerda ya ni del nombre de ese granuja. A usté la creerá. A mí, como le he mentido tanto...

SEÑÁ AGUSTINA. Pero...

SEÑOR TOMÁS. Sin pero, que es cosa grave. Se ha llevao tres días encerrao en su cuarto sin querer comer ni abrir. Ayer cogí una escalera, rompí el cristal del montante, entré en la habitación y le inutilicé el cerrojo. ¡Excuso decirle a usté lo que gritamos los dos!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Qué pasión de ánimo!

SEÑOR TOMÁS. Y esta mañana me se ha encerrao en la cocina, que es la única habitación de la casa que no tié montante y tié cerrojo, y no lo puedo sacar de allí ni con los bomberos.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Pero eso es fetén?

SEÑOR TOMÁS. ¿Cómo fetén? ¡Que hemos tenido que poner el cocido en el pasillo, na más que eso!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Y usté quié que salga?

SEÑOR TOMÁS. ¡Natural!

SEÑÁ AGUSTINA. Pues avise que vayan a limpiar la chimenea. Verá usté si sale.

Señor Tomás. ¡Déjese de hollín y venga conmigo, que como usté le diga desde fuera que le lleva un recao de la Araceli abre volando!

Señá Agustina. Pues vamos allá, y por el camino fraguaremos bien el embuste.

Señor Tomás. ¡Dios se lo pague a usté, Señá Agustina! ¡Si le hiciéramos comer hoy!... *Se dirigen a la derecha.*

Señá Agustina. ¡Sí, hombre, y pise usté raya sin cuidao, que le haré salir de la cocina, y hasta tocando el almirez de contento! *Mutis por derecha. El Señor Paco, que se ha vuelto a poner los auriculares, inicia un schottis con una bandeja.*

Señá Salud. ¿Pero das de mano o qué?

Señor Paco. ¿También vienes hoy a esperarme?

Señá Salud. ¡Que no me fío de ti, que cuando pasas por el puesto de periódicos de la Isabel pierdes una hora charlando!

Señor Paco. ¡Hablamos de política, de las elecciones!

Señá Salud. ¡Sí, sí; pues acuérdate de los ocho diputaos que tenemos en casa!

Señor Paco. ¡Qué pesá! Aguarda, que me voy a asear un poco y nos vamos. *Mutis izquierda.*

Señor Custodio. *Por la derecha, con aire satisfecho de hombre feliz. Trae un ramo de flores.* ¡Aquí quería yo sorprenderla, Señá Salú de mi alma!

Señá Salud. *Indicando temerosa la puerta de la izquierda.* ¡Más bajo!

Señor Custodio. Póngase usté esas flores pa que se hinchen de orgullo viéndose en ese tiesto.

Señá Salud. *Rechazándolas.* ¡Por Dios, que va a salir ese hombre!

Señor Custodio. ¡Y qué importa! ¡En este mundo nada importa nada! ¡Todo es pasajero! ¡La vida es

hermosa! ¡Este sol! ¡Este aire! ¡Las flores, los pájaros, los peces de colores!... ¡Soy feliz! ¡Soy feliz! ¡Yo estoy seguro de que usté me quiere!

SEÑÁ SALUD. ¡No, señor!

SEÑOR CUSTODIO. Sino que lo disimula. Usté será mía alguna vez. ¿No es verdá? ¿A que sí?

SEÑÁ SALUD. ¡Hombre, si dentro de quince o veinte años... Paco se muere..., entonces!...

SEÑOR CUSTODIO. ¡Entonces se lo cuenta usté a Cascorro, que todavía no se habrá sentao! ¡No mate usté este *otimismo* que me esponja, Señá Salú! *Canturreando.*

Tú eres el gordo de Pascua,
y juego con la ilusión
de que me toque siquiera
alguna aproximación.

SEÑÁ SALUD. *Temerosa.* ¡Qué va a salir!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Pues por eso juego! ¡Póngase usté estas flores!

SEÑÁ SALUD. ¡Que no!

SEÑOR CUSTODIO. ¿Cómo que no? ¡Aquí na más! *La coloca el ramo en donde mejor pueda, a tiempo que Señor Paco aparece por la izquierda, y se detiene sorprendido.*

SEÑÁ SALUD. *Quitándose el ramo y tirándolo.* ¡Qué pesao!

SEÑOR PACO. ¡No disimules!

SEÑOR CUSTODIO. *Muy alegre.* ¡Hombre, el simpático Señor Paco! ¡Alegre usté esa cara! ¡El mundo es hermoso, la vida es alegre; el aire, el sol, los pájaros!...

SEÑOR PACO. *Con gesto agrio, a Señá Salud.* ¡Las flores!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Eso! ¡Las flores, las mariposas!

SEÑOR PACO. *A Señá Salud.* ¡Que cojas esas flores!

SEÑÁ SALUD. *Obedeciendo.* ¡Mira, Paco!...

SEÑOR PACO. ¡Dámelas! *Toma el ramo y lentamente se dirige a Señor Custodio.*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Pero qué simpático es esté hombre! ¡Parece que va en una procesión!

SEÑOR PACO. ¡No le hago a usté que se coma ahora mismo este ramo de flores, porque tiene que liquidarme el jornal de la semana, y se va usté a hinchar de darme moneda falsa!

SEÑOR CUSTODIO. ¡No, hombre, no! ¡Yo no soy vengativo!

SEÑOR PACO. ¡Pero como nos hemos de encontrar en la calle, lo guardo pa la primer corona que pongan en su tumba!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Vamos, no hable usté de cosas tris tes, so atrasao! ¡Ya ni en el Este se estilan las coronas!

SEÑÁ SALUD. ¡Vamos, Paco!

SEÑOR PACO. ¡Sí, vamos pa arriba! *A Señor Custodio.* ¡Que usté me las paga, eso es viejo!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Mire usté que enfadarse! ¡Qué *inorancia!* ¡Si la vida es una hermosura! ¡Si todo lo que hay es de todos! ¡Lo mismo lo que usté tiene que lo que aquí hay! *Da por detrás de Señor Paco un pellizco a Señá Salud.*

SEÑÁ SALUD. ¡Ay!

SEÑOR PACO. ¿Qué?

SEÑOR CUSTODIO. No, es que repite. *Hace mutis con Señor Paco y Señá Salud por la derecha.*

PIPO. *Por la ventana del fondo.* Señor Paco, ¿hay peligro? No, pues a la tienda no asomo, que si está allí la fiera hoy me engancha, porque no puedo correr de débil que estoy. *Reparando en la pella de masa en que trabajaba el Señor Paco, y que ha quedado en la mesa que hay próxima a la ventana.* ¡Caray, qué masa! ¡De pastas finas! ¡De

lo que cogí la última empachera! *Mete un brazo por la reja.* ¡No llego, ca! ¡Si se pudieran empalmar los brazos! ¡Mañana me hago un bastón-cuchara! ¡Ay, qué perfume despide! ¡Ay, qué dolor de estómago! *Recibiendo un puntapié de Señá Agustina, que llega por detrás.* ¡Mi madre!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Granuja!

PIPO. ¡Mi tía! *Desaparece.*

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Como te vea otra vez oliendo por aquí vas a perder el olfato!

ALFREDO. ¡Vaya, no se enfade usté!

SEÑÁ AGUSTINA. *Dentro.* ¡Que bajes, te digo!

ARACELI. *Por la derecha, con Señá Agustina y Alfredo.* ¡Pero qué manía!

SEÑÁ AGUSTINA. Que quiero que habléis aquí, que es menos visible.

ARACELI. ¡Pero si yo!...

SEÑÁ AGUSTINA. Tú me has dicho a mí que tendrías gusto en ver a Alfredo. Dime ahora que no, dime que es mentira y te hincho un ojo. ¿Es mentira?

ARACELI. ¡Es verdá!

ALFREDO. ¡Es mentira!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Oye, que lo mismo me da hincharle el ojo a ella que a ti! ¡Y ahí os quedáis, que a mí en cosas de amores no me gusta meterme!

ARACELI. ¡Oiga usté, tía!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Qué?

ARACELI. ¡Que yo con este hombre no me quedo sola!

ALFREDO. *Iniciando mutis por derecha.* ¡No, si yo no tengo empeño, preciosidad!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Aguarda, tú, polvorilla! *A Araceli.* ¿Le ties miedo?

ARACELI. ¡Puede!

ALFREDO. ¡Vamos, yo no tengo paciencia pa oír esto!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Alégrate, iznorante! ¡Cuando una

mujer le teme a un hombre es señal de que no se encuentra muy segura de ella misma!

ARACELI. ¡Eso, no!

SEÑÁ AGUSTINA. *Remedándola.* ¡Eso, sí! ¡Si lo sabré yo, que no le he tenido miedo más que a uno, y pesaba cuarenta y nueve kilos! En fin, no te alarmes; aquí me quedo arreglando esto unas miajas. Hablar, que yo haré como que no escucho. *Durante la escena siguiente, Señá Agustina pone en orden las cosas del obrador y entra y sale repetidas veces por la derecha y por la izquierda con bandejas, rodillos, etc. Araceli y Alfredo bajan el tono de su charla cada vez que Señá Agustina entra en escena.*

ALFREDO. Bueno, pues ya ve usté que yo no tengo la culpa. A mí me siguen llevando y trayendo como a un niño, y yo no sé ni qué camino tomar. ¿Qué hago? ¿Me mato? ¿Le pego un tiro a mi padre y otro a su tía?

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Cómo? ¡Ah, ya!

ARACELI. ¡No es pa tanto!

ALFREDO. *Indignado.* ¡Sí lo es, es pa más! ¡Lo que a mí me pasa es pa correr la pólvora!

ARACELI. ¡Jesús! ¡Si me asusta usté, me voy.

ALFREDO. ¡Perdone, es que sin salir a la calle estoy al tanto de lo que ocurre; usté, a espaldas de su tía, sigue hablándole a ese...!

ARACELI. ¡Alfredo!

ALFREDO. ¡A ese santo! ¡Se lo ha perdonao usté to! ¡To!

ARACELI. ¡Por Dios, hable bajo!

ALFREDO. *Con repentina cólera.* ¿Pero qué maldita cosa llevan las hembras en el entendimiento ladrón que...?

ARACELI. *Asustada.* ¡Que me voy corriendo, no se suba usté!...

ALFREDO. ¡Dispense! *Sacando el pañuelo y mordién-*

dole. Me contendré. Me ahoga el coraje; pero me contendré...

ARACELI. ¡Que va usté a romper el pañuelo!

ALFREDO. ¡Seis me llevo comidos esta semana!

SEÑÁ AGUSTINA. *Que sale por la izquierda en este momento.* ¿Son de yerbas?

ALFREDO. Habíamos quedao en que usté no oía.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Es verdá; no te alteres!

ARACELI. ¿Quiere usté que hablemos en serio?

ALFREDO. ¡Como usté quiera!

ARACELI. Usté es un hombre bueno y merece que yo sea franca. ¡Es verdá; no he reñido con Felipe! ¡Se lo he perdonao to!

ALFREDO. No me dice usté nada nuevo.

ARACELI. Sí, voy a decirle algo nuevo que usté no se explica; le he perdonao porque sus embustes, sus granujerías, sus canalladas, si usté quiere, no han llevao más fin que el de mi cariño.

ALFREDO. ¿Es posible que piense usté eso?

ARACELI. Así como suena. Y cuando una mujer de corazón ve que el hombre que puso en ella sus ojos hace locuras que la ofenden se indignará en un principio, pero acaba por reflexionar y perdona.

ALFREDO. ¿De modo que engañarla con esa mujer?...

ARACELI. A mí no me engañó. Fué a ella.

ALFREDO. *Mordiendo con rabia el pañuelo.* ¡Otro, otro pañuelo, que éste se me acaba!

ARACELI. Eso es lo que usté no pué comprender, y esa es la verdá desnuda.

ALFREDO. ¡Ese hombre tiene cara de sinvergüenza y lo es!

ARACELI. ¡Oiga!

ALFREDO. ¡Déjeme usté, hombre, déjeme usté, que si

no me desahogo un poco me voy a comer hasta la camisa! ¡Ese la quiere a usté como a la otra, pa llevarse los cuatro cuartos que hay aquí, pa darle en la cabeza a tu tía y pa hacerla a usté una desgraciá!...

Araceli. *Pálida de coraje.* ¡Se ha terminao la conversación!

Alfredo. Pero...

Araceli. ¡Que se ha terminao! ¡Yo puedo decir de él lo que me parezca; pero delante de mí no le falta nadie! *Hace mutis por la derecha.*

Señá Agustina. ¡Chica!

Alfredo. ¡Déjela usté; está loca! ¡Voy a buscar a ese tío y le voy a coger así, y le voy a dar así!... *Se ha aproximado al fondo y la emprende a puñetazos con la masa.* ¡En las narices! ¡En la boca!...

Señá Agustina. ¡Oye, haz el favor, que me van a salir las pastas enfadás! *Dándole el delantal.* Límpiate y escucha a tu tía. ¿Por qué crees tú que no le he echao yo a ese granuja? ¿Por qué crees que no le he hecho yo en la cara lo que tú acabas de hacer ahí?

Alfredo. ¡Qué sé yo!

Señá Agustina. Pues porque no quiero que la Araceli pueda decirme nunca que yo la quité la felicidá, ¿entiendes? Primero, que se le caiga la venda de los ojos y luego..., luego yo vuelvo a la cárcel, pero pa más de seis meses y un día.

Alfredo. ¿Y a mí qué me deja usté?

Señá Agustina. A ti te dejo a tu suegro, que ya ties pa distraerte.

Martínez. *Por la derecha.* Me han dicho que estaba usté aquí, y yo por usté desciendo a una mina.

Señá Agustina. Haz el favor de dejarme sola con este minero, que quiero cantarle un fandanguillo.

MARTÍNEZ. ¡A las buenas tardes, señores!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Pa mí las mejores por la alegría de esta visita!

MARTÍNEZ. No he venido antes porque he estao de puerta.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿De puerta o de cerrojo?

MARTÍNEZ. Ya sé que la tengo disgustá por aquello; pero en cuanto usté me escuche...

SEÑÁ AGUSTINA. No tengo que escucharle na. ¡A la cárcel, que es su domicilio!

MARTÍNEZ. ¡Yo no vuelvo a aquel encierro sin explicarme con usté!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Usté va al encierro y to está explicao!

MARTÍNEZ. *Indignado.* ¡Que he venido dispuesto a hablar!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ah, sí! *Llamando por la derecha.* ¡Custodio, ven en seguida!

MARTÍNEZ. ¿Pa qué llama usté a su hermano?

SEÑÁ AGUSTINA. Porque ése en mi casa es como el Nuncio, se le puede contar todo y no se enfada.

MARTÍNEZ. Pero...

SEÑOR CUSTODIO. *Por derecha.* ¿Qué quieres?

SEÑÁ AGUSTINA. Escucha a éste.

MARTÍNEZ. ¡Señá Agustina!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ea, ya tiene usté con quién desahogarse! ¡Váyase derecho al bulto! *Mutis por derecha.*

MARTÍNEZ. *Muy nervioso.* ¡Bueno, esta mujer, esta mujer es pa comérsela a besos y luego coserla a puñaladas!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Al revés!

MARTÍNEZ. ¿Cómo?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Primero coserla y luego comérsela! Bueno, ¿qué tié usté que decirme?

MARTÍNEZ. ¿Yo? ¡Que quisiera tener una bomba como la luna pa que volara el mundo!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Hombre, no diga usté eso! ¡El mundo es un encanto! ¡Las mujeres, los pájaros, las flores..., los farolillos a la veneciana!...

MARTÍNEZ. *Aparte, mirándolo con recelo.* ¡Ya decía yo que este hombre acabaría mal!

SEÑOR CUSTODIO. Vaya, ¿qué tiene usté que decirme?

MARTÍNEZ. ¿Yo a usté? ¡Que su hermanita es un hueso de rodilla!

SEÑOR CUSTODIO. ¡De rodilla, y acostada, y en cualquier postura! ¡Con eso no me descubre usté el Polo!

MARTÍNEZ. ¡Y que me haya yo pasao las noches soñando en tenerla por compañera!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ni al tute, se lo aconsejo! ¡Usté no la conoce!

MARTÍNEZ. ¡Hombre, ya la he tratao en la cárcel!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Sí; pero de vista todos somos buenos! Búsquese otra compañera, que si yo sé de alguna se la recomendaré.

PIPO. *Asomando a la ventana.* ¡Padre!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Atiza, Roque Barcia! ¿Qué quieres?

PIPO. ¡Entrar, que tengo un hambre que no veo!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Chico, pero si yo te hacía con auto?

PIPO. ¡He tenío uno, he tenío uno casi encima!

SEÑOR CUSTODIO. ¿Pero tú has pensao a lo que te expones si entras?

PIPO. Cuando haya comido lo pensaré.

SEÑOR CUSTODIO. Amigo Martínez, ¿quiere usté hacer el favor?

MARTÍNEZ. ¿Qué?

SEÑOR CUSTODIO. Entretener a mi hermana mientras pasa el chico.

MARTÍNEZ. ¡Ya lo creo que la entretengo! ¡Como que me tié que oír! *Mutis por la derecha.*

SEÑOR CUSTODIO. *A Pipo.* Observa desde la esquina y escúrrete con cuidao, que como te vea tu tía ya te pues ir haciendo el epitafio.

PIPO. ¡Esté usté a la vista! *Desaparece por la ventana.*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Bueno! *Mirando por la derecha.* ¿Entra?... ¿No entra?... ¡Sí entra!... ¡Digo, parece que estoy jugando a la rana! ¡Hay que ver lo que hacen sufrir los hijos desde que salen hasta que entran! *En voz baja.* ¡Pipo!

PIPO. *Por donde se indica y con aire de triunfo.* ¡He pasao!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Pues ya es suerte con la cara que tienes! *Pipo viene hecho una lástima. Se le nota el hambre hasta en el sombrero. De la americana, manchada y descosida, le cuelga un botón. El único que conserva.*

PIPO. ¡Cómo estaré pa meterme yo solo en la ratonera!

SEÑOR CUSTODIO. ¡No, pa una ratonera sí estás! ¡Vaya si producen los capiteles! ¿Y eras tú el que quería entrar en la Academia?

PIPO. ¿Yo?...

SEÑOR CUSTODIO. ¡Vamos, hombre! ¡Si tú entras en la Academia tienen que desinfectar el Diccionario!

PIPO. *Mirando por la derecha.* ¿No bajará?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Creo que no!

PIPO. ¡Que ahora no puo correr!

SEÑOR CUSTODIO. ¿Ties los pies hinchaos?

PIPO. ¡El estómago vacío! *Altisonante.* ¡Un hombre sin pan es como un auto con *panne!*

SEÑOR CUSTODIO. ¡Olé! ¡Y que teniendo el talento que tienes te veas así!

Pipo. ¡Es que en España no se aprecia el numen!

Señor Custodio. ¡Es verdá!

Pipo. Yo he acudido hasta al presidente de la República buscando protección, y nada.

Señor Custodio. ¿Tú?

Pipo. Sí, señor. He querido que supiera que tenía el honor de gobernarme, a ver si me pensionaba, ¡que to no va a ser pa Cervantes!

Señor Custodio. ¿Y qué hiciste?

Pipo. Le esperé a la entrada del Congreso, mezclao entre los periodistas, y le dije esta tontería de capitel: "¡Señor presidente: España es ahora un estanco en el que se han acabao las brevas de la Corona!"

Señor Custodio. Y él, ¿qué dijo?

Pipo. ¡Bravo!

Señor Custodio. ¡Natural, como que está muy bien!

Pipo. ¡No! ¡Bravo era un policía muy grande que le acompañaba! ¡Bravo, haga usté el favor de darle un empujón a este idiota!

Señor Custodio. ¿Y te lo dieron?

Pipo. ¡Toma, como que me sentí aéreo y fuí a chutar en una pensión de la ca Floridablanca!

Señor Custodio. ¡Está bien!

Pipo. ¿Que está bien?

Señor Custodio. ¡Sí, hombre; si lo que tú buscabas era una pensión!... ¿Y después, qué has hecho?

Pipo. He tratao de colocarme, pero ni de botones me han querido. ¡Ya ve usté si yo hubiera cumplido bien, que me sé Madrí mejor que el callejero!

Señor Custodio. ¿Pero qué vas tú a presumir de botones, desgraciao? ¡Déjame que te arranque este solitario, que se ha peleao con el ojal! *Le arranca el botón que lleva colgando.*

Pipo. ¡Bueno, me voy a atracar de masa, que estoy que me eleva el flato!

Señor Custodio. ¡No hagas tonterías, que han subío el ricino. *Indicando izquierda.* Entra ahí y busca en la despensa. Azúcar y huevos no faltan.

Pipo. Usted vigilará por si...

Señor Custodio. ¡Bueno!

Pipo. *Al mutis.* ¡Padre, un artista sin padrino es como...!

Señor Custodio. Mira, hijo, no me digas otro capitelito que te pues encontrar la despensa vacía.

Pipo. Es que...

Señor Custodio. ¡Que llamo a Bravo! *Mutis Pipo.*

Señá Agustina. ¿Ha visto usté el empujón que le he dao a ese carcelero?

Señor Custodio. *En voz baja, asomándose a la izquierda.* ¡Agua!

Señor Tomás. ¡No es usté nadie achuchando! ¡Usté va a los toros y entra la primera!

Señá Agustina. ¡Pues ese es un mimo al lao del puntapié que le voy a dar a quien usté y yo sabemos! *A Señor Custodio, que baila de nervioso.* ¡Oye, tú, vas a salir ahora mismo!

Señor Custodio. ¡No es posible!

Señá Agustina. ¿Cómo?

Señor Custodio. Que no me puo mover de aquí, que hay ratones, y en cuanto se queda esto solo...

Señá Agustina. ¿Pero quién te ha colocao de gato? Vas a llegarte en busca de Felipe; ya sabes, a estas horas en el bar Alegría, y le vas a decir... ¿Pero no atiendes?

Señor Custodio. ¡Sí..., sigue!

Señá Agustina. Que yo he tenío que acercarme a Tetuán pa unos asuntos, que la chica está sola y que te ha

convencío pa que le llames y les dejes pelar la pava. ¿Entiendes? ¿Qué te he dicho?

SEÑOR CUSTODIO. Que vea a Felipe, que tú estás en Melilla.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡En Tetuán, ladrón!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Al lao! Y que la chica lo espera, lo cual que me choca.

SEÑOR TOMÁS. Pero eso dicho con la cara dura, que no pueda adivinar otras intenciones.

SEÑOR CUSTODIO. ¡En seguida va a saber él, si no lo sé yo!...

SEÑÁ AGUSTINA. Ni te hace falta. Cuando vuelvas te quedas en el despacho, que baje la chica aquí y no te separes de ella.

SEÑOR CUSTODIO. Bueno; pero todo eso a la noche, ¿no?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ahora mismo! *Le da varios empujones.* ¡Largo! ¡Gandul! ¡Fuera! ¡Pronto! *Le empuja hacia la derecha.*

SEÑOR CUSTODIO. *Al mutis.* ¡Ay, Pipo! ¡No van a quedar ni las pipas!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Cree usté que picará?

SEÑOR TOMÁS. Creo que vendrá, aunque se huela que es una encerrona. Está el hombre muy engreído y muy confiao en el cariño de la Araceli.

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ay, como lo enganchemos en el anzuelo! ¡Va a ir a la sartén coleando! *Se siente hacia la izquierda gran ruido de cacharros.* ¡Eh! ¿Pero quién hay ahí? *Entra.*

SEÑOR TOMÁS. Pa ratones me parece mucho ruido.

PIPO. ¡Tía, por Dios! ¡Ay, ay, ay!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Ven, hombre; ven acá, Rubén Diario! *Le saca cogido por los pelos.*

PIPO. ¡Que ha sío el hambre, que yo estoy arrepentido, que no me he comío más que once huevos!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Pues ven, que te voy a hacer tortilla!

PIPO. ¡Tía, que estoy débil!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Qué facha!

SEÑOR TOMÁS. ¡Sí que estás pa un té en el Ritz!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Te acuerdas de lo que te dije el día que te me subiste a las barbas?

PIPO. ¡No, señora! ¡Como desde entonces acá se ha afeitao usté!...

SEÑÁ AGUSTINA. Te dije que ibas a comer capiteles. Y ahora vas a seguir en el mismo plan alimenticio. ¡A la calle!

SEÑOR TOMÁS. ¡Vamos, Señá Agustina! Ya pasó, y la lección no ha sío mala. Si el chico viene con ganas de trabajar...

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Este? ¡Usté no le conoce! A éste le pone usté al lao de un motor y lo para con el mal ejemplo.

PIPO. ¡He cambiao mucho, tía! ¡Yo quiero trabajar!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿En lo que sea?

PIPO. ¡Sí, señora!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Que te voy a coger la palabra!

PIPO. ¡Hombre, si me va usté a poner a fregar suelos!... ¡Uno, al fin y al cabo, es vate!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Vate? ¡Pues a la batidora! ¡Y si no te conviene, al consulao de donde has venido! ¡Elijan!

PIPO. *Yéndose a la batidora y haciéndola funcionar.* ¡Qué remedio! ¡No hay que darle vueltas!

ARACELI. *Por la derecha.* Ha perdonao usté a Pipo, ¿verdá? ¡Qué alegría! *Asomándose a la derecha.* ¡Padre, lo ha perdonao!

SEÑOR CUSTODIO. ¿En artículo mortis?

ARACELI. ¡Jesús, cómo vienes de manchas!

PIPO. ¡Ya me las quitarás tú!

SEÑOR TOMÁS. ¡Pues vas a tener que abrir un tinte!

ARACELI. Y ahora a ser formal, Pipo. A trabajar aquí, entre los tuyos, entre los que te queremos. ¡A ser hombre! *Acariciándole.* ¡Pobrecito, cuánto habrás pasao! *Pipo hace un puchero.*

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Calla, ladrona, que lo vas a hacer llorar y van a salir los merengues amargos!

ARACELI. Se te saltan las lágrimas porque estás arrepentido, ¿no es cierto?

PIPO. No. Porque me se está ocurriendo un capitel, y con la tía no lo puo decir.

SEÑÁ AGUSTINA. Digo, ¿te parece?

PIPO. *Que no ha cesado de dar vueltas a la manivela de la batidora.* ¿Usté sabe si esto tié que oler a ajo?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡A ver! *Mirando al interior de la batidora.* ¡Ya está!

PIPO. ¡Gracias a Dios! ¿Puedo subir a casa a ver si ha quedao algo de la comida?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Sube!

ARACELI. Creo que han quedao almejas.

SEÑOR TOMÁS. ¡Pero ten cuidao, que las cáscaras no se comen!

PIPO. *Haciendo mustis derecha.* ¿Que no se comen? ¡Qué moda más rara!

ARACELI. *A Señor Tomás.* ¿Le puedo hacer a usté una pregunta, Señor Tomás?

SEÑOR TOMÁS. ¡Hombre, no siendo la edá que tengo... me pues preguntar lo que quieras!

ARACELI. No, era saber si ha venido usté a recomendar otra vez a su niño.

SEÑOR TOMÁS. Mi niño no necesita recomendación porque ha desistido de las oposiciones.

ARACELI. ¡Ah, sí! ¡Ya será menos! *Suenan a la de-*

recha voces de Señá Salud y Señor Custodio, que discuten acaloradamente.

SEÑÁ AGUSTINA. ¿Qué le pasa a mi hermano?

SEÑOR TOMÁS. ¡Vaya usté a saber! ¡Como está medio mochales!

SEÑÁ SALUD. *Por la derecha, llorosa y muy excitada y seguida de Señor Custodio.* ¡Que se lo digo, hombre!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Señá Salú, que me busca usté una ruina y ahora no me va! *A Señá Agustina.* No la creas, ¿eh? To lo que te diga de mí es despecho.

SEÑÁ AGUSTINA. Bueno, ¿pero qué ocurre?

SEÑÁ SALUD. *Rompiendo a llorar.* ¡Que me ha dejao Paco, Señá Agustina!

SEÑOR TOMÁS. ¡Atiza!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿A estas alturas? ¿Y por qué?

SEÑÁ SALUD. *Hipando.* Porque viene encelao desde hace tiempo con el Señor Custodio, que no me deja respirar.

SEÑOR CUSTODIO. ¿Yo? ¿Yo le he tapao alguna vez las narices?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Calla!

SEÑÁ SALUD. Y esta misma tarde, cuando salimos de aquí, se me ha plantao y me ha dicho que me diera de comer el Señor Custodio.

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ya ves tú, y como nosotros ya habíamos comido y no era cosa de andar friendo huevos!...

SEÑOR TOMÁS. ¡Señores, qué tío más congelao!

ARACELI. ¡Padre, es usté una cosa seria!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Natural! ¿Qué te habías pensao? ¿Que yo era Ramper?

SEÑÁ SALUD. ¡Usté no es hombre; usté decía que estaba loco por mí!

SEÑOR CUSTODIO. Por usté, sí; pero por sus ocho hijos, no, caramba! Yo la quiero a usté, pero sin quitarle

los derechos al Señor Paco. El es quien debe trabajar para los críos. ¡Es un caso de conciencia!

SEÑÁ SALUD. ¿Y qué quié usté que haga con esos ocho angelitos?

SEÑOR CUSTODIO. ¡Pué usté hacer un orfeón de voces blancas!

SEÑÁ SALUD. ¡Ya ve usté cómo quedo! ¡Se ha marchao sin darme siquiera una peseta del jornal que ha cobrao hoy!

SEÑÁ AGUSTINA. ¿De qué jornal?

ARACELI. ¡Ay, mi madre!

SEÑOR CUSTODIO. *Guiñándola.* ¿De qué jornal, Señá Salú?

SEÑÁ SALUD. ¿Cree usté que voy a callármelo? Del que le ha estao usté pasando a mi hombre con tal de verme a mí tos los días.

SEÑOR TOMÁS. *Rompiendo a reír.* ¡Azúcar!

ARACELI. ¿Es posible?

SEÑÁ AGUSTINA. *A Señor Custodio.* ¡Ay, tu madre!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Agustina, que es la tuya!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡No vale ni el parentesco!

ARACELI. ¡Tía, por Dios!

SEÑOR CUSTODIO. *Corriendo hacia la derecha.* ¡No importa! ¡Todo pasa! ¡La vida es alegre!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Toma, ladrón!

SEÑOR CUSTODIO. ¡Ay! ¡Qué feliz soy! *Mutis.*

SEÑÁ AGUSTINA. ¿De modo que ese mamarracho les estaba pasando a ustedes el jornal robándome a mí?

SEÑÁ SALUD. *Llorando.* ¡Sí, señora!

ARACELI. ¿Pero todavía va usté a llorar?

SEÑÁ AGUSTINA. *A Señor Tomás.* ¿Qué le parece a usté?

SEÑOR TOMÁS. ¿Y qué quié usté que haga la pobre, si se le ha acabao el bibe, pues llora.

FELIPE. *A la derecha.* ¿Dice usté que está abajo?

ARACELI. ¡Eh! ¿Felipe?

SEÑÁ AGUSTINA. ¡El mirlo! ¡Ven! *Tirando de Araceli y de Señá Salud hacia la izquierda.* ¡Venga usté también! ¡Pronto!

ARACELI. ¿Pero qué intenta usté?

SEÑÁ AGUSTINA. Ahora lo sabrás. *Las tres desaparecen por la izquierda, a tiempo que Felipe aparece por la derecha.*

FELIPE. *Deteniéndose contrariado al ver al Señor Tomás.* ¡Ya me figuraba yo!...

SEÑOR TOMÁS. ¡Pasa, hombre, no tengas miedo!

FELIPE. ¿Miedo? Pa eso he venido. Pa demostrarles a ustedes que Felipe González no tiene miedo a na. Ni a las encerronas.

SEÑOR TOMÁS. ¡Ya sé que eres de temple! ¡Por eso me figuro que agradecerás que te haya citao aquí, donde podemos hablar sin testigos!

FELIPE. *Mirando maliciosamente hacia la puerta de la izquierda.* ¡Sí, sí!

SEÑOR TOMÁS. ¿Crees que miento? Entra y recórrelo to. No hay nadie. La Señá Agustina y Araceli salieron.

FELIPE. Dos hombres.

SEÑOR TOMÁS. Te diré. De uno, respondo.

FELIPE. Yo del otro. Al grano, que tengo que hacer.

SEÑOR TOMÁS. ¡Calma! Yo no azmito prisa más que en los trenes. *Tomando una silla, la única que hay, e indicando a Felipe un banquillo.* ¿Quieres ocupar el banquillo?

FELIPE. ¿Por qué no? *Pausa breve.*

SEÑOR TOMÁS. Ha quedao demostrao hasta la *sociedá* que la Araceli está mochales por tus hechuras.

FELIPE. No me dice usté na nuevo.

SEÑOR TOMÁS. Y al respective, yo tengo pruebas pa

saber que mi chico, si no consigue el amor de la Araceli, hace oposición al Este y saca plaza.

FELIPE. ¿Y a mí, qué?

SEÑOR TOMÁS. A ti, na; pero a mí, mucho. Y yo me he hecho las siguientes reflexiones: Tomás, aquí puen ocurrir dos cosas: Que cojas a ese caballero... y le rompas en la cabeza el bastón...

FELIPE. ¡Miau!

SEÑOR TOMÁS. O que el chico, desesperao, te se adelante, y el bastón que se rompa sea el suyo, con lo cual por un individuo que no merece la pena van a salir perjudicaos dos hombres decentes y dos bastones de precio.

FELIPE. Le azvierto a usté que yo no he venido aquí pa escuchar tonterías. Si lo que quiere usté es bronca, lo dice y se ahorran palabras.

SEÑOR TOMÁS. *Calmoso.* Sigo en mis reflexiones. ¿No habría otra solución, Tomás? Según tus informes, Felipe anda muy mal de dinero.

FELIPE. ¿Quién se lo ha dicho a usté?

SEÑOR TOMÁS. La baja de la peseta. Servidor sabe lo que le hace falta saber; tú, en pocos días, le has dao el aire a los ahorros de la de Pinto, y si te ponen ahora cabeza abajo no cae ni pa molestar a una báscula.

FELIPE. *Mostrándole un duro.* ¡Mire!

SEÑOR TOMÁS. De plomo. Es de Pepe, el tabernero, que te ha ofrecido diez reales si lo pasas. A otra cosa.

FELIPE. ¡Vaya si está usté enterao!

SEÑOR TOMÁS. De eso y de que le andas huyendo el bulto a más de cuatro acreedores, porque debes hasta el tranvía.

FELIPE. Bueno, ¿y qué? ¿Le he pedío yo a usté algo?

SEÑOR TOMÁS. No me lo has pedío, pero yo te lo voy a ofrecer. ¿Cuánto quieres por dejar a la Araceli en paz?

FELIPE. ¿Cómo?

SEÑOR TOMÁS. ¿No me has entendío? Que necesito el camino libre pa que mi chico se pueda aproximar a la Araceli, y que no tengo inconveniente en sacrificar los ahorros en bien de mi hijo.

FELIPE. *Levantándose.* ¿Pero tengo yo cara de primo, Señor Tomás?

SEÑOR TOMÁS. ¡De sinvergüenza! Por eso he pensao que vales muy poco pa que yo me pierda por ti y que me va a salir más barato tirar de billetes. ¿Cuánto quieres por renunciar a la Araceli y salir de Madrí?

FELIPE. ¡Señor Tomás!...

SEÑOR TOMÁS. Si vas a presumir conmigo de persona decente hemos acabao la conversación. Me voy al comisario del distrito, le hablo de cierto negocio feo que se hizo en un comercio de la ca Segovia, según me han contao, y en el que parece que no andabas muy lejos.

FELIPE. *Alarmado.* ¿Yo? ¿Quién le ha contao a usté?

SEÑOR TOMÁS. ¡No tié importancia! ¿Te hacen dos mil pesetas?

FELIPE. *Titubeando.* ¿De boquilla?

SEÑOR TOMÁS. ¡Garantizás! *Saca la cartera, y de ella dos billetes de mil pesetas.* ¡Presentes! Las he tenío ocho años en un bote pimientos; así están de conservás. ¡Huele! *Retirándolas de la mano que tiende Felipe.* ¿En qué tren te vas?

FELIPE. En el que usté quiera. ¡Así como así tenía pensao salir pronto de los Madriles!

SEÑOR TOMÁS. ¿Solo?

FELIPE. ¡No, señor! ¡Llevándome a la atontá esa!

SEÑOR TOMÁS. ¿De veras?

FELIPE. ¡Que me la llevaba es viejo!

SEÑOR TOMÁS. ¡Pues me felicito de haber parao el golpe!

FELIPE. ¡Venga eso!

Señor Tomás. ¡Ahí va! *Le entrega el dinero.*

Felipe. ¡Así se arreglan las cosas!

Señá Agustina. *Por la izquierda, trayendo abrazada a Araceli, que viene llorando, y seguida de Señá Salud.* ¡Y así se conoce a un canalla!

Felipe. ¡Eh! *Trata de huír por la derecha.*

Señor Tomás. *Apuntándole con un revólver.* ¡El dinerito!

Felipe. ¡Señor Tomás!

Señor Tomás. ¡El dinerito, que me ha costao a mí muchos sudores ahorrarlo! *Recobrando los billetes.* Estos vuelven al bote.

Felipe. *Suplicante.* ¡Araceli!

Señá Agustina. ¿Pero no te mueres de vergüenza?

Señá Salud. ¡Qué tío!

Araceli. ¡Vete! ¡Me das asco! ¡Has hecho lo único que no puede perdonar una mujer!

Señor Tomás. *Con burlona cortesía.* ¡Pué usté retirarse, caballero!

Señá Agustina. ¡Pero despídete de mí! *Corre hacia él enarbolando un rodillo. Felipe desaparece rápidamente por la escalera.* ¡Espera, ladrón!

Señor Tomás. ¡Déjele, que se le va el tren!

Señá Agustina. Y ahora, ¿te se ha caído la venda?

Araceli. ¡Y el alma también, tía!

Señor Custodio. ¿Pero qué le ha pasao a Felipe, que de ciego que iba ha querido salir por el escaparate?

Señá Agustina. ¡Na, que iba por hilo!

Señá Salud. *Aparte, a Señor Custodio.* ¿Pero me va usté a dejar abandoná, Señor Custodio?

Señor Custodio. ¡Qué disparate! La he recomendao a un amigo que está necesitando compañera como el comer. Se llega usté a la ca Quiñones, pregunta por Martínez, el portero, y... *Se siente gran escándalo en la calle.*

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Qué bronca! *Mirando por la ventana.*

SEÑOR TOMÁS. ¡Ay, que me parece que es mi chico! *Sacando el revólver y tratando de salir por derecha.* ¡Me cargo medio Madrí!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡No, no salga usté con el revólver; no sea usté bruto! *Lo sujeta.*

SEÑOR TOMÁS. ¡Suelte!

SEÑOR CUSTODIO. *Con miedo.* ¡Suéltalo, que no sabe pa dónde apunta.

ALFREDO. *Por la derecha, dominando su agitación y arreglándose el cuello, medio desabrochado.* ¡No ha sío na! ¡Que me tropecé con ese granuja al entrar aquí; sin hablar palabra nos líamos a golpes, y... no sé! ¡Creo que le he herido! ¡Ahí está en el suelo sin conocimiento!

ARACELI. *Con inquietud, a Alfredo.* ¿Pero tú tienes algo?

ALFREDO. ¿Tú? ¡Digo, yo! ¿Pero has dicho tú?

SEÑOR TOMÁS. ¡Sosiégate!

ALFREDO. ¡Yo tengo... una alegría muy grande!

SEÑÁ AGUSTINA. ¡Pues por lo de ése no te apures! ¡Total, seis meses y un día!

SEÑOR TOMÁS. ¡Y tampoco..., porque tu padre va por ti!

TELON

Obras del mismo autor

El número 13, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)

Modus vivendi, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)

El mago prodigioso, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)

Reloj, barómetro y fonógrafo, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)

Cerote y compañía, juguete cómico en un acto.

Los noviazgos, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)

Las Samaritana, comedia en tres actos. (En colaboración.)

El genio del león, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música de Rafael Millán.

El nuevo presidente, fantasía lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Faixá.

La mano que atosiga, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Millán (R.).

El país del oro, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Emilio Acevedo.

¡Ya escampa!, entremés. (En colaboración.)

La vaquerita, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Rosillo.

Juanilla la perchelera, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Alonso (F.).

Los cigarrales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Eduardo Granados.

Hotel retiro, humorada en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Navarro y Tadeo.

La prisionera, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Serrano y Balaguer.

La serrana, comedia lírica en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Santiago Sabina.

Los peliculeros, comedia en tres actos. (En colaboración.)

La del Soto del Parral, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Soutullo y Vert.

La capitana, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y E. Brú.

La mejor del puerto, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Alonso.

Guzlares, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Morató.

Al dorarse las espigas, zarzuela en dos cuadros y en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.

El maestro campanillas, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.

Los chalanes, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Morató.

La guitarra, sainete en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Fuentes y Navarro.

Los claveles, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro José Serrano.

Los naranjales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.

Los marqueses de Matute, comedia en tres actos. (En colaboración.)

Paca la telefonista, o el poder está en la vista, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.

Lo mejor de Madrid, comedia en tres actos. (En colaboración.)

La ley seca, revista en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.

¡Esta noche me emborracho!, comedia en tres actos. (En colaboración.)

La cautiva, zarzuela en tres actos. (En colaboración.) Música del maestro Jesús Guridi.

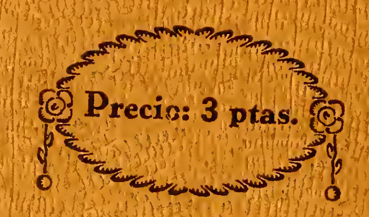
En tierra extraña, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.

Bonita y coqueta, sainete en un acto. Música de los maestros Cayo Vela y José Sama.

Cock-tail de amor, revista en dos actos. Música de los maestros Benlloch y Soriano.

Seis meses y un día, comedia asainetada en tres actos.




Precio: 3 ptas.